EL TEATRO.

COLECCION DE OBRAS DRAMÁTICAS Y LÍRICAS.

LA MEJOR CONQUISTA,

COMEDIA

EN TRES ACTOS Y EN VERSO,

ORIGINAL DE

D. JUAN JOSÉ HERRANZ.

MADRID.

ALONSO GULLON, EDITOR.

PEZ.—40.—2.°

1875



LA MEJOR CONQUISTA.

LA MEJOR CONQUISTA,

COMEDIA

EN TRES ACTOS Y EN VERSO,

ORIGINAL DE

DON JUAN JOSÉ HERRANZ.

Representada por primera vez en el Teatro del CIRCO en la noche del 9 de Diciembre de 1875.

MADRID.
IMPRENTA DE JOSÉ RODRIGUEZ.—CALVARIO, 18.
1875.

PERSONAJES.	ACTORES.
ANA	D.ª ELISA BOLDUN.
TRINI	D.ª ELISA MENDOZA TENORIO
LOLA	D.ª CAROLINA FERNANDEZ.
EL CONDE	D. RAFAEL CALVO.
BLAS	D MARIANO FERNANDEZ.
FLORENCIO	D. RICARDO CALVO.

ACTO PRIMERO.

La escena, durante toda la obra, representa una sala de confianza, amueblada con elegancia: hay puerta al foro, puerta y ventana, en primero y segundo término, á la derecha del actor, y dos puertas á la izquierda; chimenea entre estos huecos y un armario entre aquellos.

ESCENA PRIMERA.

LOLA y BLAS.

BLAS. Vamos, Lola, haz el café
y no te metas en más.
LOLA. Es tan claro, señor Blas,
que eso cualquiera lo ve.
No hay una mujer que iguale
á mi ama.
BLAS. Si no lo niego.
LOLA. Y el señorito está ciego:
no conoce lo que vale.
BLAS. Ella es buena y lista y guapa.
LOLA. Pues él es un mal marido.
BLAS. Lola, calla.
LOLA Si no olvido
que es usted quien le hace capa.
Hoy ha venido á las siete.

BLAS. ¿Cómo!
LOLA. Yo estaba despierta
cuando le abrió usted la puerta.
BLAS. Chiquilla, á tí quién te mete
á averiguar si entra ó sale:
él es dueño de su casa.
LOLA. Por eso las noches pasa
fuera de ella.
BLAS. Dale, dale.
LOLA. Yo me podré propasar
al decir si sale ó entra;
pero auuque usted calla encuentra
bastante que criticar;
porque usted no es el portero;
tiene usted más alto cargo
y le espera sin embargo.
BLAS. Le espero porque le espero.
LOLA. No quiere usted que ande en boca
de la demas servidumbre
y durmiendo por costumbre,
abre usted apenas toca.
BLAS. ¡Qué hablar! ¡Es mucho trabajo!...
LOLA. Llega el Conde, llama y rás,
y nunca oye á los demas
aunque echen la puerta abajo.
BLAS. Van á acabar de comer:
date prisa.
LOLA. Usted descuide,
que á mí el hablar no me impide
hacer lo que debo hacer.
Diga usted, ¿no le exaspera
que por nada se modere?
Temiendo estoy que se entere
de todo la forastera.
BLAS. Y se enterará, lo espero:
como sigas con tu charla
conseguirás enterarla,
y al novio y al mundo entero.
LOLA. Si hablo así cuando me irrito
es con usted solamente,
que es un medio confidente
que proteje al señorito.

BLAS. Yo soy un servidor fiel
del Conde.

LOLA. Y yo servidora
de su esposa mi señora.

BLAS. Yo me intereso por él.

LOLA. Y á mí con ella me unió
siempre el amor más estrecho:
es claro, del mismo pecho
hemos mamado ella y yo.

BLAS. Pues yo fuí el asistente
de su padre el General;
ya ves si hablándome mal
del Conde eres imprudente.

LOLA. Por ese mismo cariño
que le tiene usted de viejo
le puede dar un consejo.

BLAS. Si á veces hasta le riño;
pero eso á nadie le importa,
porque si el Conde tolera
que le diga lo que quiera,
es tolerancia y no corta.

LOLA. Pues debemos procurar
por ellos.

BLAS. Son nuestros amos,
y por más que los queramos
nuestro papel es callar.
Ademas eres injusta
con el Conde, porque es bueno.

LOLA. Señor Blas, pisa un terreno
que á usted y á mí nos asusta.

BLAS. Á su edad no hay que extrañar
que no haga vida de fraile.

LOLA. Es que va de baile en baile
y se expone á resbalar.

BLAS. El Conde, la forastera,
la señora, el primo, todos!
Sigue hablando por los codos.

LOLA. Señorita, el café espera.

ESCENA II.

DICHOS, ANA, TRINIDAD, el CONDE y FLORENCIO.

Entran en escena por la segunda puerta de la izquierda.

CONDE. Mi mujer y yo tenemos
una obligacion forzosa
de poner á raya al novio
y de velar por la novia.
ANA. Justo; estamos encargados
de ejercer vuestra custodia.
(Sirve café: Lola le acerca las tazas.)
TRIN. Pues con dureza: á Florencio
le marcan ustedes horas,
y á mí me vigilan siempre
como á una chicuela loca.
FLOR. Pero va usted á perder
su libertad de señora
viuda.
CONDE. Y tú dejas de entrar
aquí como en casa propia,
aunque te asista el derecho
de ser primo de mi esposa.
TRIN. Con guardianes tan terribles
como este Conde, no hay forma
de que dos que bien se quieren
puedan verse en paz y en gloria.
FLOR. No hay más que tener paciencia.
TRIN. (Á Ana.) Ves qué pronto se conforma?
Yo porque ustedes no digan...
pero un hombre es otra cosa.
CONDE. Qué mujer tan agradable!
ANA. Siempre con gana de bromas.
TRIN. No he de tener buen humor
oyendo á usted cómo entona
á cada instante esa marcha
que se ha puesto tan en boga.
FLOR. ¿La de Aïda?
TRIN. La sabemos

ya todos.

CONDE. Porque es preciosa.

(Canta la marcha.)

TRIN. Este café es admirable.

ANA. El elogio es para Lola,
que es en casa la que tiene
el encargo de estas cosas.

LOLA. Conforme la señorita
me enseña, las hago todas.

FLOR. Pues merecen alabanzas
la doncella y la señora.

CONDE. No convengo: mi mujer
es conmigo tan dulzona
que me ha dado aquí una taza
de jarabe.

ANA. ¿Quieres otra?

CONDE No, mujer, si ya he tomado;
pero es decir que me toca
siempre reparar las faltas.

ANA. Porque nunca las perdonas.

FLOR. Yo quiero otra taza.

ANA. ¿Y tú?

TRIN. No puedo, soy muy nerviosa.

CONDE. ¡Qué viuda tan adorable
elegiste para novia!
Tiene sus nervios y todo.

FLOR. ¡Vive sin ellos tu esposa!
¿De qué materia eres, prima?

ANA. Segun él de pastaflora.

CONDE. Nunca sale de su paso
esta mujer mia; goza
la tranquilidad más grande
de las almas más calmosas.

LOLA. ¿No escucha usted qué imprudente?

BLAS. Anda: aquí estamos de sobra.

(Salen él por la puerta del foro y ella por la segunda izquierda.)

ESCENA III.

DICHOS, ménos LOLA y BLAS.

TRIN. Ha mudado con el tiempo

tanto, que no es ni su sombra,
porque fué una colegiala
animada y revoltosa;
muy amiga de vestirse,
muy enterada de modas,
tan alegre como muchas
y tan lista como pocas.

ANA. Los años me han dado aplomo.

FLOR. Cierto: Ana es una señora
mayor.

TRIN. No le llames vieja
por la parte que me toca.

FLOR. Ya tendrá sus venticuatro
cumplidos.

TRIN. Ana, ni en broma
los admitas.—Sólo tiene
ventitres.—Me llevas horas.

CONDE. En resúmen: Ana es jóven,
pero apenas se le nota;
es guapa, pero pudiera
presentarse más hermosa;
y tiene talento y gracia,
pero resulta algo boba.

TRIN. ¡Por Dios, Conde!

CONDE. Mi mujer
no se ofende.

ANA. Tales cosas
me díces, que bien pudiera
cansarme un dia.

CONDE. Perdona.
¿Verdad que no está en carácter
tu prima cuando se enoja?

FLOR. Por eso mismo no debes
turbar la calma que goza,
pues son los ríos tranquilos
temibles si se desbordan.

ANA. Mi marido tiene ideas
liberales, espantosas,
sobre mujeres ajenas
y sobre mujeres propias;
juzga las unas alegres,
halla las otras lloronas,

aquellas encuentra listas,
estas le parecen sosas;
las ajenas tienen siempre
la dulzura de la alondra,
y las propias nunca dejan
el zumbido de las moscas,
por cuyas graves razones
las mujeres á la moda
deben buscar á las unas
y abandonar á las otras.

CONDE. Si exageras mis ideas
y las presentas en solfa
seré yo un tipo risible.

TRIN. No hallo motivo de mofa.
¿Por qué la mujer casada
ha de hablar tan sólo en prosa?

FLOR. Porque eso de hablar en verso
no se les alcanza á todas.

TRIN. Parece que la bondad
ha de estar siempre en discordia
con el buen humor.

CONDE. Bien dicho.

TRIN. Que la honesta mujer propia
hasta con su propio esposo
tiene que ser vergonzosa,
y no ha de expresar pasiones
ni al dueño de su persona.

ANA. Como que el amor honrado
no es la pasion borrascosa,
porque esta abrasa y aquel
da calor y no sofoca.

FLOR. En los amores ilícitos
se va cargando la atmósfera,
hay relámpagos y truenos,
mucha luz y muchas sombras.

ANA. Y las tempestades pasan.

TRIN. Pero sería la gloria
poder unir los afectos
de la amante y de la esposa.

FLOR. Esa aleacion de cariños
no es posible.

ANA. ¿Quién la forma?

Si uno quiere el calor lento
y el otro el fuego que ahoga.

CONDE. Yo estoy conforme con Trini
en la fusion amorosa.

FLOR. ¡Qué disparate!

CONDE. Como ella
debieran opinar todas
las mujeres, pero es claro,
las que se llaman juiciosas
no tienen los alicientes
y atractivos de las otras.

ANA. Porque no nos decidimos
á usar el tira y afloja
que hoy os enrabia de celos
y mañana os enamora,
porque amando á nuestro esposo
con esta sencillez sosa
no herimos vuestro amor propio
para daros la victoria.
En fin, porque en este afecto
no hay temores ni zozobras,
y en vez de sustos y luchas
os damos paz y concordia.

FLOR. Es verdad.

CONDE. No me conformo;
ustedes tendrán más honra,
más virtud, más sentimiento,
pero ellas son más graciosas.

TRIN. Ahora debo yo ofenderme.

ANA. Vente á mi bando.

ESCENA IV.

DICHOS y el SEÑOR BLAS.

BLAS. Señora:
traen un recado de casa
de los señores de Alzola.

ANA. ¿Sí?

BLAS. Para la señorita
Trinidad. (Se retira.)

TRIN. La pobre Concha

que se habrá puesto peor.
Voy. (Sale de escena por donde entró el Criado.)

ANA. Os serviré una copa
de chartreusse y me retiro
para que fumeis á solas.

FLOR. ¿Te molesta el humo?

ANA. No;
pero en este cuarto de hora
en que fumais y charlais
las mujeres os estorban.
(Se marcha por la primera puerta de la izquierda.)

ESCENA V.

EL CONDE y FLORENCIO.

FLOR. Pariente, hay que conceder
que la bondad y el talento
se juntan en tu mujer.

CONDE. Tu viuda sí que es portento!
¡qué frescura, qué alegría,
qué gracia, qué desenfado!
yo apénas la conocía;
pero me tiene encantado.

FLOR. Arsenio, tu esposa es buena.

CONDE. Como esa viuda no hay copia.

FLOR. Naturalmente; es ajena.

CONDE. Pues me gusta para própia.

FLOR. ¿Sí?

CONDE. La mia es tan parada
que nunca encuentra salida,
que se atolondra por nada,
que no conoce la vida.
Pues no hay poca diferencia
de esta á las otras mujeres
que nos llenan la existencia
de zozobras y placeres.
La que del bien no se aparta,
pero, fingiendo abandono,
recoge siempre una carta
en su butaca de abono.
La que se llevaba escrito:

Apolo, Circo, Español,
y pegaba el papelito
al pasar junto al farol.
La que oyendo pasos fuera
metió al amante en su armario,
diciendo al marido: «Espera,
que se ha escapado el canario.»
Y ¿á qué recordar ahora
más lances, cuando á mí mismo
me ha citado una señora
por medio del catecismo?

FLOR. ¡Jesús, cuánta atrocidad!
Escucha: vamos por partes.
¿Piensas tú que Trinidad
puede tener esas artes?

CONDE. ¿Que si las puede tener!
Es tan lista, tan graciosa!
Vaya, sirve esa mujer
para amante y para esposa.

FLOR. Á mí no me serviría
con esas mañas, jamás.

CONDE. ¿Por qué?

FLOR. Porque eso sería
servir para los demas.

CONDE. No te asustes.

FLOR. No me asusto
con anuncios tan atroces,
porque eres con Trini injusto.

CONDE. Te digo...

FLOR. No la conoces.

CONDE. Si debe darte alegría...

FLOR. Bien, pues siguiendo adelante,
¿piensas que satisfaría
tu anhelo una esposa *amante?*

CONDE. Claro.

FLOR. Tú no hallas placer
sino en vedado terreno;
sólo te gusta coger
la fruta en cercado ajeno.

CONDE. ¿Qué? No.

FLOR. Si el hacer conquistas
es tu empeño y tu pasion,

y esas mujeres tan listas
te dan cada desazon!...
Porque hoy las quiere un vecino
y mañana haces tú el oso,
y andan siempre su camino
en un círculo vicioso.

CONDE. ¿Qué sabes, Florencio Ortiz?

FLOR. Sé que vuelas como un Ícaro,
porque eres un infeliz
con pretensiones de pícaro.

CONDE. Bueno.

FLOR. Te vas?

CONDE. Á vestirme
y al baile.

FLOR. ¿Al baile?

CONDE. Al Real,
porque quiero divertirme,
y estamos en carnaval.

FLOR. ¿Conque ayer á la Zarzuela,
hoy al Real?...

CONDE. La vida es corta.

ESCENA VI.

DICHOS y TRINIDAD.

TRIN. Conde, tenga usted cautela;
que si Ana sabe...

CONDE. No importa.

TRIN. Pues á mí me ofendería
que obrase usted de ese modo.

CONDE. Yo con usted no lo haría,
pero ella se aviene á todo.

FLOR. Tú tienes esa opinion.

CONDE. Y la fundo en su bondad;
no me hagas la oposicion
y envidia mi libertad.
Sin ir más lejos, ayer
nos disfrazamos aquí
tres truenos, y mi mujer
no nos dijo un no ni un sí.

TRIN. Yo en cambio compré caretas

y todo lo necesario
en la calle de Carretas,
y ahí están en ese armario.

FLOR. ¿Querías ir de aventura
al Prado?

TRIN. (Ofendida.) Sí, y al Canal.

CONDE. Yendo en coche no es locura.

TRIN. Quise ir de baile al Real,
pero Ana nunca se aviene...

CONDE. Genio ménos divertido
no existe.

FLOR. Porque Ana tiene
más juicio que su marido.

CONDE. Tus reproches son extraños.

TRIN. Es un poco intolerante.

FLOR. ¿Quién se disfraza á sus años
lo mismo que un estudiante?
Dispénsame si te arguyo
queriéndote convencer,
pues soy más amigo tuyo
que primo de tu mujer.

CONDE. Tienes amistad conmigo
para mostrarte severo.

TRIN. (Á Florencio señalando al Conde.)
¿Y se enmendará el amigo?

CONDE. Francamente, no lo espero.

TRIN. ¡Ni para lo porvenir
á ofrecer nada se atreve!...
Váyase usted á vestir
y que el baile sea leve.

CONDE. ¿Ustedes no irán?

TRIN. No iremos.

CONDE. Yo... si se empeñan, me obligo...

FLOR. ¡Cuánto nos divertiremos!

CONDE. (Á Trini.) No le hace gracia al amigo.

TRIN. (Á Florencio.) No te asustes, que no iré
acompañada ni sola;
pienso que me quedaré
á velar á Concha Alzola.

CONDE. Entónces no digo nada.

TRIN. ¡La pobre me da una pena!
Está tan abandonada...

CONDE. (¡No van!) Es usted muy buena.
Conque... aquí solos les dejo,
y olvido las prevenciones
de que hablamos; ¡te protejo!
No le pronuncies sermones.
(Se retira por la primera puerta de la derecha.)

ESCENA VII.

TRINIDAD y FLORENCIO.

FLOR. ¡Qué génio tiene este Arsenio!
Es lo más insustancial...
TRIN. Pues yo prefiero ese génio
al encogido.
FLOR. Haces mal.
TRIN. Honrando como es debido
la memoria de mi esposo,
porque era el pobre un marido
muy bueno y muy cariñoso;
no puedo olvidar que en vida
fué su lazo tan estrecho,
que me llevaba cosida
siempre á su brazo derecho.
En ciudad ó en despoblado,
por mañana, tarde y noche,
iba mi esposo á mi lado
á pié, á caballo ó en coche.
Ni sé cómo se murió
con cariño tan profundo,
porque se fué solo, y yo
me quedé sola en el mundo.
FLOR. Conforme un extremo irrita,
el otro produce tédio;
quien obre bien necesita
colocarse en un buen medio,
ni lejos de su mujer
ni siempre con ella junto.
TRIN. Yo temo que vas á ser
del sistema del difunto.
FLOR. ¡Hola! ¿Con que yo te inquieto
por mi constante asistencia?

Descuida, que te prometo
librarte de mi presencia.

TRIN. Te ruego que no te piques.

FLOR. No; si no lo llevo á mal.
(Yo haré que te modifiques.)

TRIN. ¿Te marchas?

FLOR. Es natural.

TRIN. Pero hombre, atiende á razones,
no es mi falta como crees,
porque...

FLOR. No oigo explicaciones;
vendré cuando me desees.
(Se marcha por el foro.)

ESCENA VIII.

TRINIDAD, y ANA más tarde.

TRIN. Va que vuela; ¿quién entiende
tan repentino abandono?
Como es injusta, me ofende
esta salida de tono.

ANA. ¿Estabas sola?

TRIN. Y rabiando.

ANA. Explícame lo que pasa.

TRIN. Que se va Florencio cuando
yo quiero tenerle en casa.

ANA. Le has podido detener.

TRIN. Si es que se marcha furioso
porque digo que va á ser
un marido pegajoso.

ANA. (Sonriendo.) Cuando se acerca le arrea
y si se va no se aviene.

TRIN. Porque siempre se desea
aquello que no se tiene.

ANA. Me choca la observacion,
y no he de echarla en olvido
cuando encuentre una ocasion...

TRIN. Aplícala á tu marido.
Ahora principio yo á ver
dónde raya tu bondad:
Florencio no ha de tener

tal lujo de libertad.
ANA. Casi provoca la risa
verte tan incomodada.
TRIN. Como se fué tan de prisa
no hemos hablado de nada.
Y por eso me incomodo.
ANA. Ó porque no te obedece.
TRIN. Sí; pero despues de todo
yo me mantengo en mis trece.
ANA. ¿Quién duda de tu insistencia?
TRIN. Esto es prevenir tu crítica.
ANA. Tú tienes la consecuencia
que los hombres en política.
TRIN. Ahora tambien te confieso
que no me gusta la vida
de tu marido, porque eso
es una cosa perdida.
ANA. Conoce que no es prudente...
TRIN. Si yo no ofendo á tu esposo;
es que admiro simplemente
tu carácter bondadoso.
Sabes que á bailes asiste,
que de tarde se disfraza,
que en este instante se viste...
Dí que no tienes cachaza.
Si fueses tú una veleta
como él, lo comprendería,
pero él libre y tú sujeta,
chica, es una tontería.
ANA. Yo no quiero libertad,
si me la dan me la quito:
paz, calma, tranquilidad
es lo que yo necesito.
Habiendo tú visto claro
que mi esposo no me atiende,
te diré ya sin reparo
que su conducta me ofende.
Hace bastantes locuras,
y aunque es atento conmigo,
me cuenta sus aventuras
como si fuera un amigo.
Ni advierte que eso me aburre,

ni conoce mis desvelos,
ni siquiera se le ocurre
que puede causarme celos.
No ve que soy su mujer,
que me ofende su partido,
y que no me dan placer
los triunfos de mi marido.

TRIN. Por buenas á lo que veo
no puedes hallar el modo
de ajustarle á tu deseo.

ANA. Todo está agotado, todo;
y hasta he hecho alguna cosa
natural en la mujer,
pero impropia de la esposa
tal como yo quiero ser.

TRIN. Que me expliques será justo
esa cosa natural.

ANA. No hay motivo para susto,
es un pecado benial.
Él que nunca me agasaja,
por más que me cause pena,
me habló un dia de una alhaja
de la tienda de Ansorena.
Comprármela prometió
y no lo hizo por descuido,
y me la he comprado yo
para acusarle su olvido.

TRIN. ¿Me la enseñarás?

ANA. Despues.

TRIN. Si no haces de ello misterio.

ANA. ¿No despierta tu interés
verme en un trance tan serio?

TRIN. Es natural y te digo
que saldrás de tus apuros,
si aplicas á tu enemigo
remedios fuertes y duros.

ANA. Me causan mucho temor
esos remedios que dices.

TRIN. Pues nada, que haga el amor
delante de tus narices.
Es preciso en estos casos,
ó sujetar al marido,

ó seguir sus mismos pasos,
ó relegarle al olvido.

ANA. Comprendo que con ternura
y amor no nos entendemos,
pero Trinidad, me apura
recurrir á esos extremos.
Yo sé muy bien que podría
hacerle en celos arder,
y sé que le engañaría
lo mismo que otra mujer;
pues aunque Arsenio propala
que soy sosa, á boca llena,
me parece que ser mala
es más fácil que ser buena.
Solamente que yo soy...

TRIN. Tonta de remate.

ANA. Justo;
y quiero estar como estoy
ántes que darle un disgusto.

TRIN. Bueno; sigue empedernida
tu sistema estrafalario,
que si te cuesta la vida
dirá un dia el calendario:
«Santa Ana Ortiz y Pulido,
»condesa de Montegonio,
»adoratriz de un marido
»y mártir del matrimonio.»

ESCENA IX.

LAS MISMAS y LOLA.

ANA. Calla, Trini.

TRIN. Sí, que Lola
no estará bien enterada
de que tu marido vive
pensando en las musarañas.

LOLA. Sí lo está usted, señorita,
y vino anteayer á casa,
sólo que yo no me atrevo
á hablar.

ANA. Muy bien hecho; calla.

TRIN. Déjala que hable: te quiere
tanto la pobre muchacha...
LOLA. Puede usted asegurarlo:
por eso me da una rabia
cuando llega el señor Conde
á las seis de la mañana...
ANA. Hace lo qne le parece.
LOLA. Bueno; y quién ve con cachaza
que lleve en cada bolsillo
lo ménos dos ó tres cartas
en que le llaman vidita,
lucero, monin del alma,
y otras cosas más sublimes
que no son para contadas?
ANA. ¿Y por qué ves esas cosas?
TRIN. Por cariño hácia su ama.
ANA. Las dos con cariño estais
matando mis esperanzas,
y no sé qué debo hacer
para recobrar la calma.
¿Cuáles son vuestros consejos?
LOLA. El castigo.
TRIN. La venganza.
LOLA. Á un marido como el amo
siempre la puerta cerrada.
TRIN. Cuando él sale tú te quedas,
cuando él se queda, te marchas.
LOLA. Fingiendo muy bien la letra
le escribe usted muchas cartas.
TRIN. Justo: te haces el amor.
LOLA. Claro, y las deja olvidadas
en cualquier parte.
TRIN. Y vas sola
en landó á la Castellana.
LOLA. Y se viste usted de noche,
y de tarde y de mañana.
TRIN. Y siempre muy elegante,
y siempre muy perfumada.
LOLA. Y se regala usted ramos
de la quinta de Santa Ana.
TRIN. Y si álguien te hace el amor
coqueteas.

ANA. Basta, basta.
LOLA. Señorita, no hay remedio:
el castigo.
TRIN. La venganza.

ESCENA X.

LAS MISMAS y el SEÑOR BLAS.

BLAS. (Se conspira contra el amo:
le haré que se ponga en guardia.)
ANA. ¿Adónde va usted?
BLAS. Señora...
me pareció que llamaba
el amo y por eso vine.
ANA. Pues no hay para qué; no llama.
(Á Lola muy quedo.)
(Vete tú, que no sospeche...)
BLAS. (Á Lola, que pasa por su lado al salir de escena.)
(Ya habrás metido cizaña.)
(Ana mira á Blas para indicarle que se retire, mientras que él tiene deseos de quedarse.)
La señora está segura
de que yo no le hago falta
al señor?
ANA. Para estos casos
tiene su ayuda de cámara;
sólo que usted, señor Blas,
quiere hacerlo todo en casa,
sin contar conque sus fuerzas
van estando muy en baja.
BLAS. Aún puedo...
ANA. Vaya, á dormir.
BLAS. Sí...
ANA. (Echándole de escena con ira disimulada.)
Le digo que se vaya,
que no se tome cuidados...
(Volviendo al lado de Trinidad.)
y nos deje en paz y en gracia.

ESCENA XI.

ANA y TRINIDAD.

TRIN. Tú tambien tienes tu genio
y pareces una malva.
ANA. Por muy buena que una sea
tanto le pinchan que salta.
Me sacais de mis casillas
con que haga y con que deshaga,
con que siga este camino,
con que emprenda la otra marcha,
y así que estoy conmovida,
y así que estoy irritada,
sales con que tengo genio
aunque parezco una malva.
TRIN. Perdona; yo por tu bien...
ANA. No, si lo agradezco, gracias;
pero confiésame, Trini,
que tú estabas muy quemada
con tu novio, y que mi esposo
va á pagar tambien sus faltas.
TRIN. ¡Pobrecito!
ANA. No te burles,
que es la verdad lisa y llana.
TRIN. Me daré un punto en la boca.
ANA. No, Trini, yo soy quien calla
si te ofendes.
TRIN. (Cerrándose los labios con los dedos.)
Yo estoy muda.
ANA. Pues yo no digo palabra.

ESCENA XII.

ANA, TRINIDAD y el CONDE.

CONDE. Pero, señoras, ¿qué ocurre?
ANA. ¿Qué? Nada.
TRIN. (Fingir conviene.)
Lo de siempre; que Ana tiene
un carácter que me aburre.

Le he dicho sencillamente
que al baile usted nos convida
y afirma que está rendida
y qué le aburre la gente.

CONDE. Pues déjela usted que duerma.

TRIN. Usted y yo la animamos,
nos vestimos y nos vamos.

CONDE. Pero, señora, ¿y la enferma?

TRIN. ¿Qué? No... si no sé de cierto
si la velo todavía...
ó si siente mejoría...

CONDE. Es verdad: ó si se ha muerto.

ANA. Que te quedes me da pena:
estando en casa es muy justo
que hagamos por darte gusto.
Iré al baile.

CONDE. (Muy contráriado.) (¡La hizo buena!)

TRIN. ¿Ve usted al cabo qué fina?
Si es Ana lo más amable...

CONDE. Mi mujer es adorable;
y usted tambien es divina.

ANA. Aun cuando hago un sacrificio,
es por tí...

TRIN. ¡Tanta merced!...

CONDE. Agradézcaselo usted
porque es sacarla de quicio.

TRIN. Que reforme es conveniente
su manera de vivir.

CONDE. Pero usted se va á aburrir
tratando á tan poca gente...
Y de esta no digo nada;
yo conozco á mi mujer
y comprendo que va á ser
la máscara más callada...

ANA. Acaso no.

CONDE. ¿Vas hablar?

ANA. Con la cara bien cubierta...
Tú debes estar alerta,
porque te puedo embromar.

CONDE. Torpe soy, pero no tanto
que no te conozca á tí,
y eso que anoche sufrí

un desengaño.

TRIN. ¿De cuánto?

CONDE. Un dominó rosa y negro
me dió un concierto de oreja...
y era al final una vieja
de tomo y lomo.

ANA. (Me alegro.)

TRIN. Conque vamos... (Á Ana.)

CONDE. (Pues no hay modo
de escapar: voy de bagaje.)
¿Y la careta? ¿Y el traje?

TRIN. (Sacando del armario caretas y dominós.)
Descuide usted, hay de todo.

ESCENA XIII.

DICHOS y FLORENCIO.

ANA. Si llegas algo despues
no nos encuentras en casa.

TRIN. Es muy cierto.

FLOR. Pues qué pasa?

ANA. Vamos al baile.

CONDE. Los tres.

FLOR. Pero tambien Trinidad?
Vengo de casa de Alzola
y la esperan.

CONDE. (Esta sola
no se empeñará...)

TRIN. ¿Es verdad
que has ido?

ANA. Con la esperanza
de verte acaso.

FLOR. He querido
visitarla.

TRIN. No; que has ido
por pura desconfianza.

FLOR. ¡Qué modo de interpretar!...

CONDE. Un carácter tan abierto
que...

TRIN. Quiso ver si era cierto
que me quedaba á velar.

ANA. Trini, ese cargo es injusto.
TRIN. ¿Cómo defenderle puedes?
FLOR. ¿Á ver si encuentran ustedes
manera de hacer su gusto?
ANA. Espero que hallarás modos
de agradarla. (Á Florencio.)
TRIN. No sé.
ANA. Vaya,
lo que es menester es que haya
bastante prudencia en todos.
CONDE. Olvidando ese incidente,
puesto que ha pasado ya,
el hecho es que usted no va
al baile. (Con fingido pesar.)
TRIN. (Con ironía.) Y que usted lo siente.
CONDE. Bien lo puede usted creer,
porque es cierto.
TRIN. Sí señor.
¿Pero tendrá usted valor
de dejarse á su mujer?
CONDE. Si mi mujer no quería
venir, si se ha resistido,
y únicamente ha accedido
por ir en su compañía.
¿No es cierto que han de cansarte
las máscaras si te obligo
á que vengas?
ANA. Yo contigo
voy á gusto á cualquier parte.
CONDE. Pero tú estabas resuelta
á no ir.
ANA. Sí; mas es el caso
que metida ya en el paso,
quisiera dar una vuelta
con mi marido.
CONDE. ¡Qué llana!
El marido y la mujer:
pues íbamos á correr
una broma soberana.
TRIN. ¿No la llevará usted?
CONDE. No.
Dí, ¿no es verdad que sería

necio?...

FLOR. Yo la llevaría.

CONDE. Ella disfrazada y yo
de frac.

TRIN. Y del brazo; ven
qué tal está el baile.

FLOR. Y puedes
retirarte pronto.

CONDE. Ustedes
sí que bailan en Belen.
(Llama á la campanilla.)

TRIN. Todo se puede arreglar.

ANA. Déjalo irse.

TRIN. Que se aguarde.
¿No se disfrazó ayer tarde?
Que se vuelva á disfrazar.

CONDE. ¡Disfrazarme yo de noche!
Usted es el enemigo.
(Aparecen Lola y el señor Blas.)

TRIN. Lola, ¿me da usted mi abrigo?

CONDE. (Al señor Blas.)
Á ver si está puesto el coche.
(Salen en distinta direccion.)

FLOR. ¿No accedes?

CONDE. ¿Á hacer el oso?
De noche va disfrazado
un amante desdeñado,
algun marido celoso,
un aprendiz de tendero,
un cadete, un estudiante,
un poeta ó un cesante,
pero nunca un caballero.

ANA. Dejadlo: tendrá que ver
á todas esas señoras
que él conoce.

CONDE. ¿Pero lloras?
Me han cambiado á mi mujer

ANA. Como nunca pido nada,
nada tienes que negar,
ni yo tengo que llorar
al sentirme abandonada.

FLOR. No te apures.

TRIN. Pues no es cosa:
estando herida en su amor.

CONDE. ¿Quiere usté hacerme el favor
de no azuzar á mi esposa?

FLOR. Si muestra esa resistencia (Á Ana.)
para ir del brazo contigo,
es temiendo que un amigo
cometa alguna imprudencia.

CONDE. Es la verdad: no la engañas.

ANA. Lo cual es prueba palpable (Con ironía.)
de que es gente respetable
toda la que tú acompañas.

CONDE. Soy libre.

TRIN. Ana lo tolera.

LOLA. Fuerte. (Á Trinidad, poniéndole el abrigo.)

ANA. (Á Trinidad.) Calla.

TRIN. (Á Ana.) ¡Qué ocasion!

FLOR. Se acabó la discusion.

BLAS. Señor Conde, el coche espera.

ANA. ¿Pero es que al cabo te vas?

CONDE. ¿Cómo se dice que sí?

TRIN. No puedo seguir aquí:
me llevará el señor Blas.

CONDE. En mi coche.

TRIN. Está á la vuelta
la casa.

FLOR. ¿No satisfaces
á nadie?

TRIN. Haremos las paces.

CONDE. ¿Por qué va usted tan resuelta?

TRIN. Me marcho, porque me aburre
la precision de fingir,
porque no quiero decir
todo lo que se me ocurre,
porque las cosas que escucho
me tienen tan irritada...
en fin, por nada, por nada,
que usted se divierta mucho.
(Sale precipitadamente.)

ANA. Pero Trini!

FLOR. Trini, espera.

CONDE. (Entretenla.)

ANA. (Ni un abrazo.)
CONDE. Adios: voy á darle el brazo
para bajar la escalera.

ESCENA XIV.

ANA y FLORENCIO.

ANA. Y se marcha muy contento
cuando estoy tan ofendida.
Yo voy á cambiar de vida.
FLOR. ¿Cómo!
ANA. Desde este momento.
FLOR. ¿Y qué harás?
ANA. Cualquier locura.
FLOR. Pero Ana...
ANA. Verá si soy
capaz...
FLOR. Ten más calma.
ANA. Voy
á correr una aventura.
(Ha llamado y entra Lola.)

ESCENA XV.

ANA, FLORENCIO y LOLA.

FLOR. Medita.
ANA. (Á Lola.) Ponte un disfraz,
que nos vamos.
LOLA. Muy bien dicho.
FLOR. Comprende que este capricho
te puede costar la paz.
ANA. No vivo en contínua guerra
porque me dejo vencer,
pero yo soy la mujer
más infeliz de la tierra.
(Llora y se disfraza.)
FLOR. Considera que esto es tonto.
ANA. La paciencia y el amor,
los celos y el pundonor
se han sublevado de pronto.

(Mirando hácia la puerta por donde se marchó el Conde.)
¿No quieres mujeres listas?
pues anda, que en mí tendrás
una...

FLOR. Es claro: si tú vas
á lanzarte á hacer conquistas.

ANA. No: con razon lo aseguras:
esto entre nosotros quede;
ni su amor siquiera puede
obligarme á hacer locuras.
(Se desabrocha rápidamente el dominó.)

LOLA. Se va usted á desnudar?

FLOR. Y hace muy bien.

LOLA. No convengo.

ANA. No sé qué hacer; sólo tengo
unas ganas de llorar...
(Se deja caer en una butaca sin concluir de quitarse el dominó.)

FLOR. Estaría bien que fuera
sola.

LOLA. Si vamos las dos.

ANA. ¿Tú no vendrías?

FLOR. ¡Por Dios:
y que Trini lo supiera!

LOLA. No puede tener ni indicio
del hecho; nadie lo sabe,
y yo cuento con la llave
de la puerta del servicio.

ANA. Mi primo tiene razon:
no debo ir; ¿qué se diría?...

LOLA. Es que acaso usted vería
que aunque el amo es fanfarron,
y aun cuando tiene quimeras
no llega á ser un malvado.

FLOR. Fijándose en ese lado
fuera bueno que lo vieras.
(Lola se entra en el cuarto del Conde.

ANA. ¿Sí?

FLOR. Yo á tu marido aprecio
y sé, porque soy su amigo,
que necesita un castigo

más que por malo por necio.

ANA. ¿De modo que lo que opina Lola?...

FLOR. Está puesto en razon; tal vez fuera la ocasion de que se viese en berlina.

ANA. Pues ya con esto no cedo: yo usaré todas las mañas... Voy al baile y me acompañas.

FLOR. Pero, mujer, yo no puedo...

ANA. Á ver si acaba mi pena.

FLOR. ¿Y dónde encuentro equipaje?

LOLA. (Sacando disfraces de todos colores.) ¿Lloraba usted por un traje? aquí traigo una docena.

FLOR. Por exceso de bondad prestarme á una insensatez...

ANA. Pero es que de ella tal vez salga mi felicidad.

FLOR. Yo temo...

ANA. ¿Aún estás cobarde?

LOLA. (Quitándole los pendientes.) Por si álguien los conociera.

ANA. Bueno; y dame la pulsera que compramos ayer tarde.

(Lola saca una pulsera del armario y se la entrega.)

LOLA. Muy bien.

ANA. Allí hará calor. Lola, dame un abanico.

LOLA. ¿Quiere usted este? (Le coge del armario.)

ANA. Es muy chico.

LOLA. Pues aquí hay otro mayor. (Lo toma de encima de una mesa.)

ANA. Aunque no es mio... ¿No andas? Que nos vas á detener.

FLOR. ¿Conque es preciso escoger una de estas hopalandas?

LOLA. (Dando á Florencio un dominó negro.) Éste.

ANA. No vaya á venir el señor Blas, que ha salido.

LOLA. Si viene vendrá dormido.
ANA. ¿Te ayudamos á vestir?
(Entre las dos le ponen el dominó.)
FLOR. Soy ya un celoso, un tendero,
un cadete, un estudiante,
un poeta ó un cesante:
ya no soy un caballero.
ANA. Oigo pasos.
FLOR. ¡Qué!
ANA. Estoy cierta:
si me cogieran vestida...
LOLA. Por ahí es nuestra salida.
(Indica la segunda puerta izquierda.)
ANA. Bueno, pues cierra esa puerta.
(Lola cierra con llave la del foro.)
¡Ah! los trajes, tu sombrero,
el abanico, el estuche...
(Lo hace todo un lío y lo encierra en el armario: en tanto el señor Blas toca á la puerta por la parte de afuera.)
FLOR. Calladse, no nos escuche.
LOLA. (Haciendo señas á Ana y Florencio para que salgan de escena.)
¿Quién?
BLAS. Yo soy.
LOLA. ¿Qué quiere?
BLAS. Quiero
entrar: abre, testaruda.
(Golpea de nuevo.)
LOLA. Me lo impide mi recato.
BLAS. ¿Qué?
LOLA. Que espere usted un rato,
porque estoy casi desnuda.
(Da vuelta á la llave y sale precipitadamente de escena por la misma puerta que Ana y Florencio.)

ESCENA XVI.

EL CONDE y el SEÑOR BLAS.

BLAS. Qué genio tan majadero:

cierra esta puerta y no avisa.

CONDE. Como me fuí tan de prisa
he salido sin dinero.
Sáqueme usted mi cartera,
que estará en el leviton.
(Blas entra en el cuarto del Conde.)
Ya duerme como un liron
Ana, como si lo viera.
Ántes se me ha incomodado
con razon; no hay que negar...
Se me está ocurriendo entrar
para quitarle el enfado.
Á ella todo se le pasa
pronto.
(Á Blas, que vuelve y le da la cartera.)
¿Y el primo, se ha ido?

BLAS. De seguro habrá salido.
¿Qué quiere usted que haga en casa?

CONDE. ¿Qué debo hacer? Yo entraría.

BLAS. Siga usted su inclinacion.

CONDE. (Acercándose á la habitacion de su mujer.)
¿Me echará un nuevo sermon?
(Arrepintiéndose y saliendo de prisa de escena.)
Mañana será otro dia.

FIN DEL ACTO PRIMERO.

ACTO SEGUNDO.

Es aún de noche.

ESCENA PRIMERA.

ANA, LOLA y FLORENCIO.

Al levantarse el telon entran con mucho sigilo por la misma puerta que salieron, abriéndola con llave. Lola trae una luz en la mano.

LOLA. Llegamos sin novedad.
ANA. Hemos salido y entrado
muy bien.
FLOR. (Quitándose la careta.) Yo vengo cansado.
ANA. Pero contento.
FLOR. (Con ironía.) Es verdad.
ANA. Yo te puse en movimiento;
tú seguiste la marea;
yo he realizado mi idea,
tú debes estar contento.
FLOR. Si Lola y yo hemos andado
como dos aves sin nido.
ANA. Bien os habeis divertido:
por supuesto ¿habreis bailado?
FLOR. Búrlate: sólo por tí
(Quitándose al disfraz.)

me visto yo...

LOLA. Sí señor;
á los que hacen un favor
les suelen pagar así.

ANA. (Riendo.) Os agradezco todo esto
muchísimo.

FLOR. ¿De ese modo?

LOLA. Voy á recogerlo todo
y á colocarlo en su puesto.
(Recoge los dominós y los coloca en el armario, de donde saca los que trajo del cuarto del Conde y los lleva luégo á su sitio.)

ANA. ¿Y el sombrero lo has tomado?

FLOR. (Cogiendo el sombrero, que le entrega Lola muy aplastado.)
¿Quién lo conoce al presente?
Venga.

LOLA. Verdaderamente
está muy desfigurado.
(Lola se entra en el cuarto del Conde.)

FLOR. ¿Conque tú te has divertido?

ANA. Desempeñé mi papel...
¡Toda la noche con él
y no haberme conocido!

FLOR. Es muy torpe en tales casos.

ANA. Y como lo dejo en paz
siempre, me juzga incapaz
de lanzarme en estos pasos.
Pero nada, ni siquiera
un relámpago; decía
que por mi aspecto sería,
quien le halagaba que fuera,
Araceli Colmenares,
la Baronesa del Coto,
Luisa Artales, Nola Soto
ó Mari-Antonia Linares.

FLOR. Pues apenas.

ANA. Ya adivinas
el efecto de estas cosas.

FLOR. Cierto: no se cogen rosas
sin clavarse las espinas.

ANA. Por si yo pudiera ser

alguna de esas beldades,
me ha dicho mil necedades
rebosando de placer;
y sin aire taciturno
he escuchado algunas horas
elogios de esas señoras
segun les llegaba el turno.

FLOR. Pero en resúmen, responde,
¿has gozado ó has sufrido?

LOLA. (Que ha vuelto á tiempo de oir la pregunta.)
Esta noche ha conseguido
sujetar al señor Conde.

ANA. ¿Y mañana?

LOLA. Al baile.

FLOR. Modo
singular...

LOLA. Se escandaliza.

ANA. ¿Y el miércoles de ceniza?

LOLA. Entónces se acaba todo.

FLOR. Tú tan poco acostumbrada
á hacer farsas y á enredar!...

ANA. Pues ya tiene en qué pensar
una buena temporada.

LOLA. Lo mejor es la salida.

ANA. Ni figurársela puede:
me espera allí mientras quede
alguna luz encendida.

LOLA. Entrarse en el tocador
y valerse de una treta
para cambiar la careta
por esa de otro color;
salir con ella muy lista,
darnos un tiron y andando,
y quedarse él esperando
á que salga su conquista!

ANA. Ni entrar allí me dejaba;
y como el lance era sério
yo le entregué en cautiverio
la pulsera que llevaba.

FLOR. Estará tan azorado.

ANA. Pero si yo no me explico...

LOLA. Me llevaré este abanico.

ANA. El lance ha sido pesado.
LOLA. En fin es una leccion
que le hará vivir alerta.
(Voy á cerrar esta puerta
como siempre.)

ESCENA II.

ANA y FLORENCIO.

FLOR. Con razon
tuviste empeño.
ANA. Ha cerrado
sin esperar tu salida;
esta chica está aturdida.
FLOR. Vendrá por el otro lado.
ANA. Salimos bien esta vez
y prevenirse conviene.
FLOR. Tu dueño y señor no viene
lo ménos hasta las diez.
ANA. Aunque el lance me seduce
no estoy alegre en el fondo,
sino que al contrario, es hondo
el pesar que me produce;
por más que haya merecido
la broma que le he gastado,
en último resultado
me burlo de mi marido.
¿Le declaro lo que pasa?
Se ofenderá con razon.
¿Le dejo en su obcecacion?
Pues se aleja de mi casa,
porque juzga verdaderas
las locuras que le he dicho,
y mi inocente capricho
les da vida á sus quimeras;
y persigue á Luisa Artales,
á la baronesa, á Nola,
y en resúmen, que yo sola
me he buscado seis rivales.
FLOR. No te arrepientas: mejor
no puede salir un hecho

como este.

ANA. Está satisfecho
mi amor propio, no mi amor,
porque he comprendido así,
que quien tiene un alma entera,
dice á una mujer cualquiera
lo que no me dice á mí.
Frases que pueden hacer
que enloquezca de alegría;
aunque á mí me las decía
eran para otra mujer.
Él ve en mi cara mi honor,
mi fe, mi pasion ve clara,
y he de taparme la cara
para que me hable de amor.

FLOR. No te conoció y te ha herido
por su ceguedad.

ANA. Comprende
cuál es mi pena; me ofende
que jamás me ha conocido.

FLOR. No sé por qué se casó.

ANA. La última siempre es su esposa.

FLOR. Tú hubieras sido dichosa
con un hombre como yo.

ANA. Calla: mi marido llama,
y Lola...

FLOR. ¿Tan pronto?

ANA. Sí.

FLOR. Y me va á encontrar aquí.

ANA. Y va á descubrir la trama.

FLOR. ¿Dónde me escondo?

ANA. No sé.

(Florencio se dirige á las puertas.)

Es su cuarto. ¡Ese es el mio!

FLOR. De ocultarme desconfío.

ANA. Sal por la ventana.

FLOR. (Con espanto.) ¡Qué!

ANA. El caso es que no te encuentre,
porque entónces se imagina...

(De pronto y como quien acaba de tener una buena idea.)

Te envuelves en la cortina

y sales apenas entre.

(Ana se retira llevándose la luz. Florencio ejecuta el juego de la cortina, y el Conde no le ve; pero el señor Blas, que sigue á su amo con una palmatoria en la mano, se queda sorprendido y confuso.)

ESCENA III.

EL CONDE y el SEÑOR BLAS.

CONDE. ¿Qué tiene usted, qué le pasa?
BLAS. Yo no tengo nada, pero...
CONDE. Hable usted.
BLAS. Que juraría
que ha salido un hombre al tiempo
que entrábamos.
CONDE. No lo he visto.
BLAS. Pues yo sí.
CONDE. Está usted durmiendo:
despierte usted, señor Blas.
BLAS. Señor Conde, estoy despierto.
CONDE. Con los años...
BLAS. ¿Querrá usted
decir que yo tengo miedo?
CONDE. La cortina... Cualquier sombra...
BLAS. Una sombra con su cuerpo.
CONDE. ¿Quién tiene valor bastante
para meterse aquí dentro
con tantos hombres en casa,
y yo que me marcho y vuelvo
cuando ménos se me espera?
BLAS. Todo está muy bien: es cierto
cuanto dice: pero yo
sin registrar no me quedo
tranquilo.
CONDE. Venga la luz,
señor Blas; registraremos.
BLAS. No señor, yo iré delante.
CONDE. Déjeme usted.
BLAS. Yo primero.

(Van á salir de escena y aparece Florencio

ESCENA IV.

DICHOS y FLORENCIO.

BLAS. Buenos dias.
CONDE. ¿Qué?
BLAS. ¿Quién va?
FLOR. Soy yo: tu primo. (No encuentro
otra salida.)
CONDE. Pues hombre,
te presentas cuando ménos
te esperamos.
BLAS. (¿Si sería
el señorito Florencio?)
FLOR. Yo te diré... es que he salido...
CONDE. ¿Á revistar los serenos?
FLOR. ¿Qué? No...
CONDE. ¿Te duelen las muelas
y vienes por un remedio?
FLOR. Tampoco.
CONDE. ¿Tienes un lance
y buscas padrino?
FLOR. Ménos.
CONDE. Pues habla.
FLOR. (Con sonrisa forzada.) Que me levanto
muy temprano en todo tiempo.
CONDE. ¡Madrugar es!
BLAS. (Dios me libre
de mis malos pensamientos.)
FLOR. (Abriendo la ventana.)
Hace un sol que... abrasaría
si no estuviera lloviendo.
(El señor Blas apaga la luz que trajo.)
CONDE. Ya caigo... no, no lo extrañes,
porque esta noche estoy lelo;
te llevan á maltraer
amores, dudas y celos.
¡Pobre primo!
FLOR. Justamente:
ahora sí que has puesto el dedo
en la llaga.

CONDE. Y Trinidad
me parece que no ha vuelto.
BLAS. No señor, que ha de volver:
en ese caso allá ellos...
CONDE. ¿Qué dice usted?
FLOR. Pero tú
no te acuestas? Tendrás sueño:
no me trates con cumplido;
ya ves como yo me meto
á cualquier hora en tu casa.
CONDE. No te apures, no me acuesto;
el señor Blas ha soñado
que hay oculto algun ratero
y vamos á registrar
cuarto por cuarto.
FLOR. Eso es serio,
pero no importa; descansa.
él y yo revolveremos...
BLAS. Lo que hay que hacer ante todo
es preguntar al portero
si ha visto entrar ó salir
á álguien.
FLOR. (¡Demonio de viejo!)
Bueno, yo preguntaré...
BLAS. No tenga usted prisa, iremos.
CONDE. ¡Mi mujer! Que no se asuste.
FLOR. Corriente: guarda el secreto.

ESCENA V.

EL CONDE y ANA.

ANA. Buenos dias.
CONDE. Pronto sales.
ANA. (No le vió.) ¿Te has divertido?
CONDE. Psh.
ANA. ¿Ves? Ya estamos iguales;
digo, no: que yo he dormido.
CONDE. ¡Qué buena vida se pasa
mi mujercita!
ANA. ¿De veras?
CONDE. ¡Estás tan fresca y tan guapa!...

y yo tendré unas ojeras!...

ANA. Aprension, pura aprension.

CONDE. Sosténme que no es así:
tienes una animacion...

ANA. Si yo me refiero á ti.

CONDE. El disgusto ha terminado,
aunque estuviste insistente,
y ya ves cómo has pasado
la noche...

ANA. Divinamente.

CONDE. ¿Mi observacion te incomoda?

ANA. Al contrario; si lo digo
porque me he pasado toda
la noche hablando contigo.

CONDE. ¡Qué!

ANA. No pongas ese ceño.
Yo te he visto tan amable!...
Toda la noche en un sueño.
¡Qué sueño tan agradable!
Tú mís frases admirabas,
tú mis dichos aplaudías...

CONDE. Y tú soñabas, soñabas...

ANA. Se sueñan más tonterías!...

CONDE. ¿Te animas siempre á tan poca
costa?

ANA. No tengo exigencias;
pero ahora sí; que te toca
hacerme tus confidencias.
Cuéntame tus impresiones.

CONDE. ¿Las de esta noche pasada?

ANA. Como en otras ocasiones.

CONDE. No, no me ha ocurrido nada.

ANA. Acaso me negarás...

CONDE. No lo hago nunca, al contrario.

ANA. ¿Conque nada? (Le hice más
efecto del ordinario.)

CONDE. Únicamente una máscara
me entretuvo... un cuarto de hora.

ANA. De fijo era de la cáscara
amarga.

CONDE. Era una señora:
al ménos lo parecía;

muy lista.

ANA. ¿Y algo corriente?

CONDE. No, no, que te conocía.

ANA. ¿Y á tí?

CONDE. Bah! perfectamente.
Y por cierto que no sé
de fijo si es Luisa Artales.

ANA. (Marcando con la accion los defectos que señala.)
Cómo! ¿Tiene grande el pie
y los hombros desiguales?

CONDE. ¿Qué? No; si era tan derecha
y un pie que no se veía...
Una mujer muy bien hecha.

ANA. Entónces no.

CONDE. ¿Si sería
la Baronesa del Coto?

ANA. (Señalándose en el cuello.)
¿Tiene así una mancha roja?

CONDE. Es verdad, no. ¿Y la de Soto?

ANA. Pudiera ser si era coja.

CONDE. Á todas has de poner
un defecto material.

ANA. Los ojos son para ver:
si no es coja anda muy mal.

CONDE. Tiene un aire distinguido.

ANA. Pues no temas que me encele.

CONDE. Y es muy guapa.

ANA. (Me he lucido:
esta es la que más le duele.)

CONDE. No presumas que yo doy
importancia...

ANA. ¿Á dónde vas?

CONDE. (Cantusea al marcharse la marcha de Aida.)
No salgo de casa: voy
en busca del señor Blas.

ANA. (Tocando la campanilla.)
Espérate: ya he llamado
y no tardará en venir.

CONDE. Vuelvo en seguida á tu lado.

ANA. (¿Qué le tendrá que decir?)

ESCENA VI.

ANA y LOLA.

ANA. Yo que buscaba la vida
me he preparado un suicidio,
que si me matan los celos
afilé bien mi cuchillo.

LOLA. (Abre la puerta por que se marchó y entra en escena.)
¿Llamaba usted, señorita?

ANA. No: llamaba mi marido
al señor Blas.

LOLA. ¡Qué demonio!
El tal viejo ha armado un cisco...

ANA. ¿Qué?

LOLA. ¿Pues no lo sabe usted?

ANA. Pero ¿por qué?

LOLA. (Señalando hácia la puerta que dejó cerrada.)
Por mi olvido.

ANA. ¡Ah! ¿Sí?

LOLA. El amo no vió nada,
pero el otro dió el aviso.

ANA. ¿Nos han descubierto?

LOLA. Gracias
á que hemos andado listos.
Don Florencio volvió á entrar:
yo, como de paso, he dicho
que le abrí la puerta á poco
de llegar el señorito,
y el portero, por fortuna
se encontraba tan dormido,
que como quien dice *amen*
responde á todo, «Lo he visto.»

ANA. ¿Pero el señor Blas no afirma
que estaba en casa mi primo?

LOLA. No señora: vió una sombra
y por más que tiene indicios
no puede acusar á nadie,
pero no está convencido.

ANA. Te digo que no sé cómo

salir de este laberinto.

LOLA. Usted sale á cualquier hora;
aquí quien anda sin tino
es el Conde.

ANA. Y si tropieza...

LOLA. La cuestion es dirigirlo.

ANA. Él se ha fijado en algunas
que pueden...

LOLA. Es el peligro.

ANA. (De pronto y despues de meditar un momento.)
Sigues escribiendo bien.

LOLA. Como todas escribimos:
las letras de las mujeres
se reducen á dos tipos;
hacemos patas de mosca
ó patitas de mosquito.

ANA. Una carta aconsejándole
que espere, que tenga juicio,
que no persiga á ninguna...

LOLA. Es de efecto segurísimo,
pero la escribe usted misma,
yo no salgo de mi sitio.

ANA. ¿Qué? Yo no.

LOLA. La letra inglesa
es casi siempre lo mismo.

ANA. Bueno, yo haré mis ensayos
y veremos si la finjo;
pero, eso sí, tú te encargas
de que llegue á su destino
dando todos los rodeos
convenientes.

LOLA. Si es preciso...
por el correo interior...
ó un criado desconocido...
ó una doncella extranjera...

ANA. Bien.

FLOR. (Fuera.) Se practicó el registro.

ANA. Anda, ya resolveremos...
(Salen por la puerta segunda de la izquierda.)

CONDE. (Todavía fuera de escena.)
No se pique usted. (Entra.)

BLAS. (Desde la puerta.) Me pico

porque ví escurrirse un bulto.
CONDE. Usted es quien se ha escurrido.
BLAS. Al tiempo.
CONDE. Ve usted visiones.
FLOR. (Me he ganado un enemigo.)
(El Sr. Blas se retira moviendo la cabeza y mirando de reojo á Florencio.)

ESCENA VII.

El CONDE y FLORENCIO.

CONDE. (Abrazándole.)
¡Florencio!
FLOR. ¡Qué satisfecho
estás!
CONDE. (Mirando á uno y otro lado.)
¡Á solas contigo!
Necesitaba un amigo
para desahogar mi pecho.
FLOR. Aquí lo encuentras aboca.
CONDE. Tengo la mejor fortuna
que alcanza persona alguna.
FLOR. Seguramente no es poca.
CONDE. He encontrado una mujer
que es un asombro, un portento
de animacion y talento.
FLOR. (Esto es cegar para ver.)
CONDE. ¡Qué dulce, qué cariñosa,
qué agradable, qué... salada;
vamos, yo no he visto nada
como ella.
FLOR. Yo sí: tu esposa.
CONDE. La pobre Ana ha de tener...
FLOR. Todas esas condiciones.
CONDE. No entres en comparaciones:
mí mujer... es mi mujer.
FLOR. Sigue.
CONDE. Ese tipo ideal
me adora hace muchos años,
y en esto no hay los engaños
corrientes en carnaval,

pues tales cosas le oí
de mi génio, de mi casa
y de todo, que... se pasa
la vida pensando en mí.

FLOR. Y podrá no ser fingido
ese amor.

CONDE. Bah.

FLOR. ¿Y es soltera?

CONDE. Es casada.

FLOR. ¡Calavera!
¿Sumas un nuevo marido?
Sabes que la lista crece...
En fin, si eso te distrae...

CONDE. Despues de todo, el que cae
es porque se lo merece.
Segun ella es un veleta
que no la tiene ni aprecio,
debe ser un tonto, un necio
de remate.

FLOR. (Aprieta, aprieta.)

CONDE. Pero vé tú á comprender...
La mujer nadie la entiende.
¿Creerás que á esta ni le ofende
ni le estorba mi mujer?

FLOR. La tendrá tan conocida
que sabrá que es muy parada,
que se atolondra por nada,
que no conoce la vida.

CONDE. ¿Te burlas?

FLOR. Es un error:
sigue hablando, te lo ruego.

CONDE. Dice que yo vivo ciego
cuando no he visto su amor,
y afirma que este desliz
es de sus faltas bautismo.

FLOR. (¡Se ha suplantado á sí mismo;
qué marido tan feliz!)

CONDE. ¿Qué te parece este lance?

FLOR. Es bastante original.

CONDE. Lo sensible es que al final
me ha sucedido un percance.

FLOR. ¿Y cuál es?

CONDE. Que me ha burlado.
FLOR. ¡Á tí!
CONDE. La esperaba fijo
y otra máscara me dijo:
«Aquel pájaro ha volado.»
FLOR. ¡Habrá mayor picardía!
¿Y no aclaraste el misterio?
CONDE. La máscara dijo en serio
que ella no la conocía.
FLOR. Es lástima.
CONDE. Estoy tranquilo:
respirará de algun modo;
yo tengo despues de todo
esta prenda, y por el hilo...
(Saca del bolsillo una pulsera.)
FLOR. ¿Presumes que ha de volver?...
CONDE. ¿Qué mujer alta ni baja
deja perder esta alhaja?
La tiene que recoger.
(Aparece Ana por la misma puerta que se marchó. El Conde y Florencio no se aperciben de su llegada.)

ESCENA VIII.

EL CONDE, FLORENCIO y ANA.

FLOR. La pulsera es de valor.
CONDE. ¡Qué brillantes!
FLOR. ¡Qué turquesa!
ANA. (Se coloca entre los dos: coge la pulsera de manos de Florencio y dice al Conde:)
Mil gracias por la sorpresa.
CONDE. ¿Qué? No...
FLOR. Pero...
ANA. Es un favor
que te agradezco y te alabo.
CONDE. No hay de qué.
ANA. Más que por nada
por la forma delicada
con que está llevado á cabo.
Se la encargué á mi marido

hará un mes; justo, eso hará,
y la compró y me la da
cuando culpaba su olvido.

CONDE. ¡Ah! ¿Sí? (Por Dios!)
FLOR. (Sé prudente.)
ANA. Aunque parece algo trueno,
ya lo ves, Arsenio es bueno.
CONDE. (¡Cuidado que es inocente!)
FLOR. ¿Conque?...
CONDE. Vé...
ANA. No admito engaños:
todo lo entiendo; querías,
dármela de aquí á dos dias
que cumplo veintitres años.
FLOR. En eso no hay ningun mal:
te adelantaste.
ANA. Es muy buena;
si tiene un gusto Ansorena...
CONDE. (¡Ay, si me hiciese otra igual!)
ANA. ¡Qué efectos de luz; qué brillo!
(Se la ha puesto en el brazo y se acerca al espejo.)
CONDE. (Á Florencio.) Yo la recobro.
FLOR. Imposible.
CONDE. Mi compromiso es horrible.
ANA. (¡Cómo sufre; pobrecillo!)
CONDE. Ana.
ANA. Me has entusiasmado
con tu accion.
CONDE. Sí, pero espera...

ESCENA IX.

DICHOS y TRINIDAD.

ANA. Trini, mira qué pulsera
tan rica me ha regalado
mi marido.
FLOR. (Él si que es bobo.)
ANA. (Ya no se atreve á chistar.)
CONDE. (Si la quiero recobrar

tengo que lanzarme al robo.)

TRIN. Como regalo no es malo.

ANA. (Quiera Dios que no la enrede.)

TRIN. Lo que no sé es cómo puede
haberte hecho este regalo.

CONDE. Yo... tengo rentas sobradas.

FLOR. Y tú, Trini, no lo ignoras.

TRIN. Lo que digo es que á estas horas
están las tiendas cerradas.

ANA. La pudo comprar ayer
ó el sábado ó cualquier dia.

CONDE. ¿Pero es que usted desconfía?

TRIN. No, no niego... podrá ser.

FLOR. ¿Conque te ha gustado?

TRIN. Sí;
es una preciosa alhaja:
la pondremos en su caja.

CONDE. No... me la han vendido así.

TRIN. ¿Conque así?

ANA. (Haciendo señas para que calle.)
(Ya estoy violenta.)

TRIN. Así y todo es elegante
y habrá costado bastante.

FLOR. No le han pasado la cuenta.

TRIN. Si hay secreto lo respeto.

ANA. Cállate. (Recogiendo la pulsera.)

TRIN. (Despues de recordar.)
¡Es aquella!

ANA. (Rápidamente y contrariada.) No.

TRIN. (Á Florencio.)
¡Qué pasa aquí!

FLOR. ¡Qué sé yo!

CONDE. (¿Sabrá Trini mi secreto?) (Pausa.)

ANA. ¿Y la enferma?

TRIN. Está muy mala.

FLOR. Es tan grave esa afeccion...

ANA. ¿Padece del corazon?
(Florencio mueve la cabeza afirmando.)

TRIN. ¡Qué temple tiene esta sala!

FLOR. (Dándole un abanico de mango que habrá sobre la chimenea.)
Toma.

TRIN. ¡Cuánto has madrugado!
ANA. ¡Y tú que no le agradeces
estos rasgos!
FLOR. Pocas veces.
TRIN. Es que no te has acostado.
ANA. ¡Trini!
TRIN. Si no hay más que ver
esa cara.
FLOR. Por supuesto.
CONDE. ¿Es posible!
TRIN. Y lleva puesto
el mismo traje de ayer.
FLOR. Como salí tan deprisa...
ANA. Sólo por verte ha venido.
TRIN. ¿Quién lo duda? Y no ha podido
ni mudarse de camisa.
FLOR. ¿Ves? Con esto me sublevo:
deja libres mis acciones
y me pide explicaciones
hasta del traje que llevo.
TRIN. Diga usted, ¿no es sospechoso?
ANA. No.
TRIN. ¿Le ayudas á negar?
CONDE. (Era para sospechar
si yo fuese algo celoso.)
ANA. Él va siempre así... al descuido.
FLOR. Soy cursi.
TRIN. Lo que tú eres...
FLOR. Pero nada, si tú quieres
cuidaré más mi vestido.
CONDE. Son débiles sus descargos;
yo en esto puedo ser juez.
FLOR. Mil gracias.
CONDE. Alguna vez
me ha de tocar hacer cargos.
FLOR. Te juro...
CONDE. Basta de extremos.
FLOR. Pero qué sospechas?
ANA. Nada.
CONDE. Trini, esté usted descuidada;
todo lo averigüaremos.
TRIN. No... (Mostrando indiferencia.)

ANA. (Me choca su lenguaje.)
FLOR. Nada podrás descubrir.
ANA. ¿Te vas?
CONDE. Tengo que salir;
(Á Florencio.)
y yo si mudo de traje.

ESCENA X.

ANA, TRINIDAD y FLORENCIO.

TRIN. No dirás en conclusion
lo que has hecho?
FLOR. Lo que quieras;
he ido al baile.
ANA. (Apresuradamente.) Qué quimeras
tan sin pizca de razon!
Si á veces yo no mediara
con objeto de aveniros,
concluiríais por deciros
mil insultos cara á cara.
(Á Trini.) Ten juicio y no pidas cuentas
á quien obra como debe.
(Á Florencio.) Y tú aunque ella te subleve
ten mucha calma y no mientas.
TRIN. ¿Te has hecho procuradora
de primos? Este lo vale.
(Se pasea de un lado á otro.)
Es un mozo...
FLOR. Dale, dale,
si es una locomotora.
ANA. Más cachaza y más paciencia.
FLOR. Si es ella.
TRIN. Si es él.
ANA. Por Dios.
FLOR. ¿Quién ha empezado?
ANA. Los dos
podeis tener más prudencia.
FLOR. Yo á sus gustos me limito;
pero he perdido la pauta:
si es pito debe ser flauta,
si es flauta debe ser pito.

TRIN. Por mí libremente obra.

(Arroja el paipai y comienza á marcharse.)

FLOR. Bien: obra tú libremente.

ANA. No te vayas.

TRIN. Cabalmente
hay tantos hombres de sobra.

ESCENA XI.

ANA y FLORENCIO.

FLOR. ¿Tú no ves que decidida
me deja?

ANA. Se irá á su cuarto.

FLOR. No hay quien sufra ese carácter;
siempre quiere lo contrario
de lo que tiene.

ANA. Mi esposo
se encuentra en el mismo caso.

FLOR. Es verdad; son ella y él
dos tipos que tienen algo
de comun, y tu marido
es ménos alborotado
que ella; porque ella es capaz
de hacer condenarse á un santo.

ANA. Ten calma.

FLOR. Si no es posible.

ANA. Ántes diste un golpe en vago:
¡decirle que has ido al baile!
Si no la embrollo en el acto,
se encela, se encoleriza
y nos promueve un escándalo.

FLOR. Es muy posible.

ANA. Y hubiera
llovido sobre mojado;
porque mi señor esposo,
que es tan listo y es tan... largo,
ha empezado á sospechar
que le estamos engañando,
sin comprender que es él sólo
héroe de mis malos pasos.

FLOR. Sí: los dos son tan volubles,

tan locos, tan mal pensados...
Ella se fija en mi traje,
y él, porque otro ha sospechado
que ha visto un bulto...

ANA. Lo sé:
hablé con Lola hace un rato.

FLOR. Y los dos sienten los celos.

ANA. Y á los dos los quieren tanto!

FLOR. No: pues, Ana, no merecen
que nos tomemos cuidados
por ellos; yo te aseguro
que lograré no tomármelos.
¡Si ella fuese como tú!
Me alegra sólo pensarlo.

ANA. ¡Si él tuviese tu carácter!...
Pero en fin, locos ó sanos,
los queremos: yo ahora mismo
padezco unos sobresaltos...
por si se encela de veras,
por si le ofende mi engaño,
por si se aleja al buscarme,
por si lo pierdo al buscarlo.
Quiero andar y me detengo,
quiero detenerme y ando,
y siempre que hago una cosa
me ocurre hacer lo contrario,
porque todo lo que pienso
me parece bueno y malo.

FLOR. Se comprende.

ANA. En este instante
tengo una carta en la mano,
y lucho, y no me decido...
¿Se la doy ó me la guardo?

FLOR. Pero quién la escribe?

ANA. Yo.

FLOR. ¡Qué bien has disimulado
la letra! Sigue el enredo.

ANA. Me asusta...

FLOR. En último caso
se humillará convencido
de que ves mucho más claro:
él con los ojos abiertos,

tú con los ojos cerrados.

ESCENA XII.

DICHOS y LOLA.

LOLA. Señorita, el chocolate
está servido.

ANA. Bien: vamos
ante todo á ver si Trini
quiere salir de su cuarto.
Ah! Lola, aquí está la carta.

LOLA. Venga: traerán el recado.

ANA. ¿Y si llega á descubrirnos?

FLOR. No pongas tales reparos.
(Coge la carta, se la entrega á Lola y sale de escena con Ana.)
¿Qué le dices en resúmen?

ANA. Pues empiezo aconsejando...

ESCENA XIII.

LOLA.

Aquí estoy, que á un tiempo mismo
ofendo y sirvo á mi amo,
porque él se halla al mismo tiempo
sin amor y enamorado.
Es amante y es marido,
y aunque al marido le falto,
como que sirvo al amante
es igual el resultado.

ESCENA XIV.

LOLA y BLAS.

BLAS. ¿Hablabas sola?

LOLA. (Sorprendida y tratando de ocultar la carta.)
¿Qué? No...
Sí: me estaba confesando.

BLAS. ¡Eres mora! ¿Qué me ocultas?

LOLA. No, no es nada.
BLAS. Algun pecado.
LOLA. (¡No hay bolsillo!)
BLAS. Es una carta.
LOLA. (Tratando de escaparse.)
Voy á llevarla al estanco.
BLAS. (Deteniéndola.)
Si será para aquel bulto?...
LOLA. Lo ve usted todo abultado.
BLAS. Pues si no encierra misterio
dámela. (Tratando de tomarla.)
LOLA. La hago pedazos.

ESCENA XV.

DICHOS y el CONDE.

CONDE. ¿Qué pasa aquí? ¿Por qué están
ustedes alborotando?
LOLA. No he sido yo.
BLAS. Señor Conde,
yo le enteraré del caso.
Lola me oculta una carta,
y sin violencia he tratado
de ver el sobre tan sólo.
CONDE. Señor Blas, está usted malo:
se le ocurren unas cosas
tan raras....
BLAS. Acaso, acaso
nos diga esa carta el nombre
del hombre que tropezamos
aquí dentro.
CONDE. (Preocupado.) Qué insistencia.
LOLA. Está loco rematado.
BLAS. No era un ladron: la señora
es incapaz de esos tratos,
luego ésta tiene un amante
y lo oculta...
LOLA. ¡Jesús! ¿Cuándo
he dado ocasion?... Yo soy
honrada y sin más amparo
que ustedes... Yo necesito ..

Tome usted, tome en el acto.

CONDE. No, Lola... ¡Si es para mí!

BLAS. ¡Cómo! ¿Que era para el amo!

LOLA. (Ah! ¡Todo lo he descubierto!)

CONDE. ¿Qué significa?... Sepamos
por qué la ocultaba usted.

LOLA. Yo por nada.

CONDE. Es que no alcanzo
á entender...

LOLA. Usted dispense:
como está tan perfumado
el papel, comprendí que era
de una señora, y de rango,
y como yo quiero mucho
á mi señorita... vamos,
tuve intencion de entregársela
para que evitase el daño.

CONDE. Si no vuelvo de mi asombro.

BLAS. ¡Habráse visto descaro
semejante!

CONDE. Si no fuera
por mi mujer...

LOLA. (La tragaron!)

CONDE. Pero, de ahora para siempre,
cuando traigan un recado
me lo da usted al momento.
¿Entiende usted? No tengamos
estas cosas.

LOLA. Está bien.

CONDE. (Despidiéndolos.)
Cada cual á su trabajo.

BLAS. ¿No toma usted chocolate?

CONDE. No señor.

LOLA. ¿Manda usted algo?

(El Conde le dice por señas que se marche; abre la carta, ve la firma, y la llama conforme el diálogo expresa.)

CONDE. «¡La máscara!» Lola, Lola.
¿Quién ha traido esto?

LOLA. Un lacayo.

CONDE. ¡Un lacayo! ¿Blanco ó negro?

LOLA. Moreno y pelo castaño.

ESCENA XVI.

EL CONDE.

(Leyendo.) «Si refieres lo ocurrido,
á que te olvide me obligas:
cuanto pienses, cuanto digas,
lo ha de saber mi marido.
Por todo lo más sagrado
no me busques si me quieres;
cuando tú ménos lo esperes
me encontrarás á tu lado.
Una seña convenida
tendremos; vive advertido,
que yo cantaré á tu oido
el paso doble de Aïda.
Ama á quien siempre te amó
mientras no nos descubramos:
quiero que tu amor partamos
tan sólo tu esposa y yo.»
(Como quien repasa la carta.)
(Que la encontraré! Es posible...
Teme que pueda querer...
Y sabe que mi mujer
no es una rival temible.
Pero ¿cómo sabe tanto?
Esto es lo que no me cabe
en la cabeza; hasta sabe
la música que yo canto.
Será una de las señoras
que tienen trato frecuente
con Ana, y probablemente
la encontraré á todas horas!
Cuando esto se considera
pierde uno todos sus bríos:
me produce escalofríos
la cuestion de la pulsera.
No hay remedio, va á creer
que soy un hombre tan bajo
que sin el menor trabajo
se la he dado á mi mujer.

ESCENA XVII.

EL CONDE, TRINIDAD y FLORENCIO.

TRIN. Aunque no me satisfaces
mis dudas de ningun modo,
habrá que pasar por todo.
CONDE. ¿Han hecho ustedes las paces?
TRIN. Porque de mí siempre alcanza
el perdon, pero en conciencia...
FLOR. Tú tienes mucha prudencia,
y, sobre todo, templanza.
TRIN. Corriente: no tengo empeño
en reñir.
FLOR. Pues es muy raro.
TRIN. Despues de una noche en claro
yo no tengo más que sueño.
(Bosteza y se cubre la boca con el abanico que trae en la mano.)
CONDE. Yo que soy como una roca
tambien me encuentro cansado.
(Bosteza á su vez.)
FLOR. Trini, nos has contagiado.
TRIN. ¡Y á tí se te abre la boca!
FLOR. Sí, pero tú cierra el pico,
no volvamos á empezar.
TRIN. (Accionando de manera que el Conde se fije naturalmente en el abanico.)
Lo manda y hay que callar.
CONDE. (Yo conozco ese abanico.)
TRIN. ¿Á qué viene una á esta vida?
Á sufrir, á ser esclava.
CONDE. (Fijo en el abanico.)
(¡Es el mismo! ¡El que llevaba
mi bella desconocida!)
TRIN. Yo no sé cómo ni cuándo
su discípulo ha aprendido
tanto. Usted está dormido.
CONDE. No, no; ya voy despertando.
(La enferma ha sido el pretexto
para salirse de casa.)

FLOR. Pero, Arsenio, ¿qué te pasa?
CONDE. No, nada, ya estoy repuesto.
Á veces es una pena
no poderse sacudir...
Y ahora tengo que salir
á la tienda de Ansorena.
Por la cuestion de esa alhaja
siento hoy el pesar más hondo...
FLOR. Pero, hombre...
CONDE. No; te respondo
de que la tendré y con caja.
TRIN. ¿Qué dice usted?
CONDE. Sí señora;
y haré un cambio á mi mujer,
y esa volverá á poder
de su antigua poseedora.
Siempre he sido un caballero
y desurdiré la trama,
que no quedo ante una dama
á la altura de un cochero.
FLOR. (Cálliate.)
CONDE. Fuera un oprobio.
TRIN. No sé á qué puede aludir.
CONDE. (Es claro, ¿qué ha de decir
delante del pobre novio?)
TRIN. Ya sueña alto.
CONDE. (Pidiendo el abanico.) Le suplico...
Sudo como en el verano...
Y le he tenido en la mano
ántes de ahora.
FLOR. (Como quien comprende de pronto la situacion.)
(¡El abanico!)
Si hay muchísimos iguales:
le he visto uno á la del Coto,
otro á Manolita Soto
y otro tiene Luisa Artales.
Susana en la misma tina;
el mismo Amor con su venda...
¡Si estaba llena la tienda
del marqués de Colomina!
CONDE. (Estoy preso en una red,
y aunque lo intento no salgo.)

TRIN. Va á ser preciso hacer algo
para espabilarle á usted.
FLOR. Estás tú medio dormida
y le quieres despertar.
TRIN. Ya encontré el medio: cantar
el paso doble de Aïda.
CONDE. ¡Usted!
FLOR. Tienes poca voz.
(Trini canta.)
Yo te suplico el silencio.
CONDE. (¡Desventurado Florencio!
Ya no hay duda.)
FLOR. (Esto es atroz.)

ESCENA XVIII.

DICHOS, ANA y TRINIDAD.

ANA. (Ha oido el canto. llega apresuradamente y dice á Lola que la acompaña.)
¡Es Trini! Pasa cantando;
si no va á fijarse en ella.
(Lola pasa y sale de escena cantando.)
CONDE. (¡Si podrá ser mi dòncella!
¡Me dió la carta temblando!)
FLOR. (Acercándose á Ana.)
Canta; no vaya á creer
Arsenio una atrocidad.)
(Ana principia á cantar tambien, ántes de que termine Florencio de hacerle la observacion.)
CONDE. (¡Señor! ¿Si será verdad
el sueño de mi mujer!)
FLOR. Bien.
CONDE. ¡Qué desafinacion!
Tienes una voz que espanta.
Señor Blas, ¿y usted no canta?

ESCENA XIX.

DICHOS y el SEÑOR BLAS.

BLAS. Sí: yo traigo otra cancion.

Un criado viene á saber
si el señorito está sano,
porque salió ayer temprano
y no ha vuelto desde ayer.

TRIN. ¿Y ahora me lo negarás?

CONDE. ¿Dónde has estado metido?

FLOR. No lo sé.

CONDE. ¡Mujer!

ANA. ¿Marido?

CONDE. ¡La sombra del señor Blas!

TRIN. Danos siquiera una excusa.

FLOR. Yo la daré si es precisa.

ANA. No. (Quedo á Florencio.)

FLOR. Pues estoy muy de prisa.
(Se pone el sombrero.)

CONDE. (¡Hasta el sombrero le acusa!)

TRIN. Me ofendió.

CONDE. Estoy ultrajado.
Nos batiremos.

FLOR. Perdona...

ANA. Márchate.

FLOR. Voy en persona
á responder al recado.
(Sale precipitadamente.)

ANA. (Aún le hago en celos arder.)

TRIN. ¡Qué mundo!

CONDE. ¡Qué hipocresía!

TRIN. ¡Señor, hasta ese ave fría!

CONDE. ¡Señor, hasta mi mujer!

FIN DEL ACTO SEGUNDO.

ACTO TERCERO.

Es de noche.

ESCENA PRIMERA.

ANA y TRINIDAD, sentadas.

TRIN. Y repetiré mil veces
que perdones mis ofensas,
si las hice, porque afirmo
que no puedo darme cuenta
del hecho de esta mañana.
ANA. Y yo te digo de veras
que nada ofende á quien tiene
muy tranquila su conciencia.
Tú y mi marido juzgais
con bastante ligereza
las cosas, y el que os conoce
no hay forma de que se ofenda.
TRIN. Sí, pero ya que concedo
que he sido injusta, quisiera
que por tu parte tambien
me dieses alguna prueba
de cariño, refiriendo
lo ocurrido, con franqueza.
ANA. No puedo.
TRIN. ¿No?

ANA. Te repito
lo que te he dicho en la mesa.
Florencio es bueno, te quiere;
evita tomarte penas
que son injustificadas;
revístete de prudencia
y sereis el matrimonio
más dichoso de la tierra.

TRIN. Cuando pregunto respondes
con esas quintas esencias...
¿Qué ha hecho esta noche Florencio?

ANA. Volvemos siempre...

TRIN. Contesta.

ANA. No lo sé; y nada me importa
saber si duerme ó si vela.

TRIN. No me negarás que estoy
revestida de paciencia;
te he pedido mil perdones,
le he suplicado que venga,
pero ese punto está oscuro
y quiero que se esclarezca.

ANA. ¿Tú no estás enamorada
de mi primo? ¿No te pesa
que se marchára de prisa
y no haya dado la vuelta?
¿No le has mandado llamar
hace poco? Pues espera
sin resucitar cuestiones
de indudables consecuencias,
porque, como tires mucho,
puede romperse la cuerda.

TRIN. Te estoy oyendo y no sé
si amenazas ó aconsejas.
Desde luégo me diriges
un cargo de inconsecuencia,
y si he llamado á Florencio
es para dejar resuelta
nuestra cuestion.

ANA. Esta chica
es una devanadera:
ni critico tus acciones
ni te amenazo por ellas;

quiero, al contrario, que sigas
siempre tus sanas ideas.
¿Has perdonado á tu novio?
Te aplaudo: no te arrepientas:
más puedes gustarle dócil
que mostrándote altanera.

TRIN. Yo conozco que me quieres,
sé que por mí te interesas,
pero aunque soy tan... movible
no devano esta madeja.
Vamos, ¿quieres explicarme
el lance de la pulsera?
¿Es la tuya ó es la suya?
¿Es aquella ó no es aquella?

ANA. Ya sabes tú que me has hecho
dudar de su procedencia.

TRIN. ¿Pero y la otra?

ANA. Está guardada.
(Le enseñaré una cualquiera.)
(Abre el armario y saca una pulsera.)
¿Qué te parece?

TRIN. (Con indiferencia.) Es bonita.
¿Comprada en la misma tienda?

ANA. Sí.

TRIN. Me alegro: estás muy bien
vestida por las muñecas.

ANA. Cuando te pones nerviosa
dices cada inconveniencia...

TRIN. No te incomodes conmigo:
el que espera desespera,
y mi señor don Florencio
tarda más....

ANA. Si te impacientas
contémplate en este espejo
que puede servir de muestra:
mi marido esta mañana
me dijo cuatro insolencias,
se salió sin almorzar,
volvió á dormir una siesta,
se levantó más tranquilo
y se marchó á comer fuera.

TRIN. ¡Y yo he de mirarme en tí!...

(Hablando consigo misma.)
Nunca te verás en esa:
no me gustan los espejos
con la luna de Valencia.

ANA. Voy á dar disposiciones
allá dentro. ¿Me dispensas?
(Á ver si Lola ha cumplido
con todas mis advertencias.)

TRIN. Si te encuentras á Florencio
mándalo; no le detengas.

ESCENA II.

TRINIDAD.

Ana no está tan tranquila
como parece: en el fondo
oculta un pesar muy hondo;
quiere estar firme y vacila.
La verdad es que ha tenido
hoy un disgusto!... por nada...
es decir, era fundada
la sospecha del marido.
Él le encontró al ser de dia...
ó vino luégo; es igual.
Sin duda es muy natural.
Cierto: su duda y la mia.
Á mí despues la pasion,
de seguro, me ha cegado;
porque me he tranquilizado
sin ninguna explicacion.
Ella no puede ser mala
y él me quiere con intensa...
Sí: donde ménos se piensa...
y el que no cae resbala.
¡Me quejaba del difunto!
Si Florencio me engañó
no digo ni sí ni no,
pero está turbio el asunto.

ESCENA III.

TRINIDAD y el CONDE.

CONDE. (¡La viuda sola!)
TRIN. (¡El marido!)
CONDE. Yo quisiera...
TRIN. Usted dirá
CONDE. (Si será, si no será.)
TRIN. (Le encuentro muy conmovido.)
CONDE. Hay á veces situaciones
delicadas. . de tal modo,
que se quiere saber todo
sin pedir explicaciones.
TRIN. Como usted opina, opino.
CONDE. ¿Me comprende usted, señora?
TRIN. No soy mala entendedora
y le allanaré el camino.
CONDE. (Es ella!) Un temor me asalta,
y necesito un consuelo.
TRIN. Tambien para mí lo anhelo:
á mí tambien me hace falta.
CONDE. Anima tanto agasajo
mis palabres recelosas.
TRIN. Yo sé que de ciertas cosas
se habla siempre con trabajo.
CONDE. Ahora juzgo una bobada
que haya entre los dos ni asomos
de temor.
TRIN. Como que somos
los dos parte interesada.
CONDE. Usted la dicha me ha vuelto.
TRIN. Nos une la misma suerte.
CONDE. Pues entónces ya soy fuerte
y á todo me hallo resuelto.
TRIN. ¿Pero está usted convencido?...
CONDE. ¿De qué?... ¿Cómo?...
(Recordando la carta.) («No me sigas:
cuanto pienses, cuanto digas
lo ha de saber mi marido.»)

TRIN. ¿Ve usted? Aún se agita inquieto.
¿Qué pensaba usted?
CONDE. No... nada...
¿Señora, usted es casada?
Con ese... acaso en secreto...
TRIN. Á no ser por el demonio,
que todo lo ha trastornado,
yo siempre he considerado
hecho nuestro matrimonio.
CONDE. ¿Por esposo usted tenía?...
TRIN. No de un modo tan concreto...
CONDE. ¿Y esto rompe por completo
todos los lazos que había?
No se me haga usted de nuevas;
¿rompe esos lazos?
TRIN. Acaso;
mas para dar ese paso
necesito muchas pruebas...
Yo no quisiera ofender
á mi amiga Ana.
CONDE. ¡Señora!
TRIN. ¡La quiero tanto!
CONDE. (¡Á qué hora
se acuerda de mi mujer!)
TRIN. Yo anhelo ver la verdad.
CONDE. Nada de vacilacion;
la verdadera pasion
atropella la amistad.
Aunque usted se escandalice,
como los dos nos queremos,
todo lazo romperemos
para atar otros.
TRIN. (¡Qué dice!)
CONDE. Esto no es una aventura
entre dos almas perdidas:
las dos se encuentran heridas
y se amarán con locura.
Sólo una vez sin desvío
me ha hablado su corazon,
y he visto en esa ocasion
que ese corazon es mio.
Deseche usted el cobarde

temor del alma medrosa:
yo la haré á usted muy dichosa;
nunca para amarse es tarde.
Pida usted un sacrificio;
á cuanto me pida accedo.

TRIN. (Estoy temblando de miedo:
este hombre ha perdido el juicio.)

CONDE. *Nos une la misma suerte...*
tú me quieres, yo te amo...

TRIN. No se acerque usted, que llamo:
usted ha comido fuerte.

CONDE. ¿No hemos hablado de amor
anoche mismo en el Real?

TRIN. (¡Es ataque cerebral!
¿Habrá cerca un sangrador?)

CONDE. Usted me ha correspondido:
ha hecho que en amor me encienda,
me ha dado usted una prenda
y hasta ha cantado á mi oido.

TRIN. Yo no comprendo esta sarta...
¡Es mucho desatinar!

CONDE. ¿Si me querrá usted negar
que ha escrito usted esta carta?

TRIN. ¿No lo he de negar? Lo niego.

CONDE. ¿Conque anoche?...

TRIN. Usted se afana...
y anoche y esta mañana
y ahora mismo está usted ciego.

CONDE. Pero Trini...

TRIN. No me deja.

CONDE. ¡Que tanto un disfraz confunda!

TRIN. Ya comprendo, es la segunda
edicion de aquella vieja.

CONDE. Perdone usted mis errores.

TRIN. ¿Creyó usted que yo?... ¡Habrá necio!
Me ha ofendido y le desprecio.
Así son los seductores.

ESCENA IV.

DICHOS y BLAS.

BLAS. Me han dicho que le dijera
á usted que está ahí el criado
de su amiga.

TRIN. ¡Habrá empeorado!

BLAS. Que vaya usted; que la espera.

CONDE. Trini...

TRIN. (Á Blas.) En el instante voy.

CONDE. Suplico á usted el silencio.

TRIN. (Sin atender al Conde.)
Si viniese don Florencio
le díce usted dónde estoy.
(Va á salir por donde ha entrado Blas, se arrepiente y se dirige á la otra puerta.)

CONDE. ¿No es por aquí?

TRIN. Tengo gana
de dar la vuelta.

CONDE. No digo...

TRIN. Voy á coger un abrigo
y á despedirme de Ana.

ESCENA V.

EL CONDE y BLAS.

BLAS. (¡Qué mal encarado está!
y yo tambien lo estaría
en su pellejo, y cualquiera.)

CONDE. (Está bien: sólo doy pífias.)

BLAS. (Si yo pudiera animarle...)
Aunque me meta en camisa
de once varas, señor Conde,
tenga usted más sangre fria,
no piense usted más en eso.

CONDE. ¿Qué dice usted?

BLAS. Que en la vida
lo que parece más claro
resulta luégo mentira,

y, qué demonio, quién sabe
si hemos andado de prisa
al colgar ese milagro
á la pobre señorita.

CONDE. Agradezco sus consuelos
y la intencion que los dicta,
señor Blas.

BLAS. Yo ¿qué quisiera?
Que aquí sólo hubiese dichas,
porque yo me considero
como uno de la familia:
ya se ve, yo estaba en casa
cuando usted aún no vivía,
y le he dormido más noches...
y le he vestido más dias...
y ha bailado usted más danzas
encima de mis rodillas!...
Por todo eso me da pena
que haya en la casa estos cismas;
y diera en este momento
lo que me queda de vida
porque fuese la señora
como la Vírgen María.

CONDE. (Ahora Trini va á decir
á mi mujer... Siga, siga...)
¡Pues es pequeño el nublado
que se me ha venido encima!

BLAS. Lo que yo siento es que tuve
la culpa... Si me daría
más porrazos... Con mi genio
hice el papel del que tira
de la manta...

CONDE. Y no hay recurso
si mi mujer no me explica
el hecho... Si no es posible:
nada me convencería.

BLAS. Pues vamos, yo no lo creo:
aunque la hora... y la malicia...
Pero si ella se enmendára...
Dicen que una golondrina
no hace verano.

CONDE. ¡Se burla

usted!

BLAS. Es una injusticia.
No, pero si usted lo quiere
habrá silencio en las filas.

CONDE. Sí, calle usted..

BLAS. Yo tan sólo
iba á decir... Pues decía
que hasta el caballo más noble
buena mano necesita,
que si le aplican la espuela
y no le tienen la brida,
se desboca y el ginete
suele romperse la crisma.

CONDE. Vaya unas comparaciones!

BLAS. Señor, de caballería.

ESCENA VI.

EL CONDE, BLAS y FLORENCIO.

FLOR. (¡Ah!)

CONDE. (¡Florencio!)

BLAS. (¡Qué descaro!)

FLOR. (No sé qué decir.)

CONDE. Yo iba
á buscarte luégo.

FLOR. Entónces...

BLAS. Le espera la señorita
Trini: márchese usted pronto.
Está en casa de su amiga.

CONDE. Luégo irás; te necesito
ahora.

FLOR. Si me necesitas...

CONDE. Señor Blas... (Indicándole que se marche.)

FLOR. (Cómo cumplir
lo que me manda mi prima
en su carta?)

BLAS. (Si le zurra
se ha ganado la paliza.)

ESCENA VII.

EL CONDE y FLORENCIO.

CONDE. Cometiste la imprudencia
de venir y te detengo.
FLOR. La culpa no es mia: vengo...
CONDE. Á sublevar mi paciencia.
FLOR. Yo te daré mis razones.
CONDE. ¿Qué razones puedes dar
que basten á demostrar
que no estais en relaciones?
FLOR. Haces unas conjeturas...
CONDE. Está la falta probada:
FLOR. Pero no ha pasado nada
de lo que tú te figuras.
CONDE. Tu mezquino proceder,
tu vil...
FLOR. No tanto reproche:
yo me he pasado la noche
predicando á tu mujer.
Por lo demas, no debía
contristarme serte ingrato;
tú creiste ayer por un rato
que mi novia te quería,
y te lanzaste al momento
á hacer á Trini el amor,
sin pararte en el menor
asomo de miramiento:
conque te puedo tratar
como á un marido cualquiera.
CONDE. (¡Qué diría si supiera
lo que acaba de pasar!)
FLOR. Yo con tu mujer reñí
por si imita tus locuras,
y da en buscar aventuras.
(Ella me lo manda así.)
CONDE. ¡Cómo! ¿Te abordó de frente
la cuestion?
FLOR. Si no es conmigo:
yo seré siempre tu amigo

y soy siempre su pariente.
CONDE. Pues explícate.
FLOR. Y si estallas
de celos?
CONDE. ¿Á tí te afligen?
FLOR. (Adelante: ellos lo exigen.)
CONDE. Dilo todo; por qué callas?
FLOR. El ejemplo es contagioso:
tú te vas de picos pardos,
y hay en el mundo bigardos
como tú que hacen el oso.
Con tu carácter ligero
y tus sueños de placer,
te has perdido y tu mujer
está en el resbaladero.
CONDE. ¡Mi mujer, á quien creía
tan buena!
FLOR. Era su destino:
quien anda solo el camino
pronto ó tarde se estravía.
CONDE. Y ¿que atrevido me roba
su cariño con su honor?
FLOR. Álguien que le habló de amor
y no la ha encontrado boba.
CONDE. Volveré por mi decoro.
FLOR. En eso te aplaudiré.
CONDE. ¿Y quién es él?
FLOR. No lo sé.
CONDE. ¿Y qué proyecta?
FLOR. Lo ignoro.
CONDE. ¿Pero logró dominar
del todo su corazon?
FLOR. Tambien es una cuestion
á que no sé contestar.
CONDE. Haces que en ira me encienda;
logras que me desespere.
FLOR. Tan sólo sé que ella quiere
seguir por tu misma senda.
CONDE. Lo que es eso lo veremos:
¡Ana!
FLOR. Pues hasta mañana.
CONDE. Pero no te marches! ¡Ana!

Es necesario que hablemos.
FLOR. Me están esperando: adios.
CONDE. Tú temes.
FLOR. No; lo que digo
es que sin ningun testigo
tendreis libertad los dos.

ESCENA VIII.

EL CONDE y ANA.

CONDE. ¡Tantas cosas en un dia!
ANA. ¿Me llamabas?
CONDE. Sí te llamo.
Quiero que hablemos... (La amo.)
ANA. Cuando gustes. (Su alma es mia.)
CONDE. Por más que el rencor me altera,
y aunque estoy muy ofendido,
como no soy un marido
lo mismo que otro cualquiera,
te llamo para saber
la verdad sencillamente,
porque no eres al presente
la misma que eras ayer;
unas cosas que me han dicho
y otras cosas que tú has hecho,
me delatan que en tu pecho
has dado entrada á un capricho.
¿No es mio tu corazon?
Quiero que hables.
ANA. Y es muy justo;
pero evítame el disgusto
de hacerte esa confesion.
CONDE. Pensaba que negarías
al menos...
ANA. De ningun modo;
porque me he propuesto en todo
aceptar tus teorías.
Siempre has dicho, y lo recuerdo,
que cuando el cariño cede
cualquier matrimonio puede
romperse por mútuo acuerdo.

Me has hecho más de una escena
sosteniendo con coraje
que el amor siempre es salvaje,
que la pasion no se enfrena.
Que á la mujer de más calma
y más castos pensamientos
pueden otros sentimientos
revolverle toda el alma.
Que á tu juicio el mayor daño
entre marido y mujer
no consiste en no querer,
sino en seguir el engaño.
Me has hablado de pasiones,
de amantes y de queridas,
y á fuerza de repetidas
he aprendido tus lecciones.
Y he cambiado en tal manera,
gracias á más de un desaire,
que tengo todo el donaire
que puede tener cualquiera.
Aunque mi esposo se asombre,
de boba me he vuelto lista;
ya sé hacer una conquista,
ya sé enamorar á un hombre.
Y no quiero ser constante,
y lo doy todo al olvido,
y renuncio á mi marido
para seguir á mi amante.

CONDE. Yo no sé cómo consiento
que se escapen de tu boca
esas frases: tú estás loca!

ANA. Quizás; un loco hace ciento.
Y nunca el que se propasa
halla sus acciones graves:
tú de seguro no sabes
que Trini no vuelve á casa.

CONDE. ¿Cómo?

ANA. Que la has ofendido.

CONDE. (Demonio!) Fué sin querer.

ANA. Pues sin querer tu mujer
ha ofendido á su marido.

CONDE. Que yo falte no es razon

para ser tú criminal.
ANA. Pero es que si yo obro mal
tengo tu autorizacion.
CONDE. ¡Y que así me mortifiques!
ANA. Ignoro lo que deseas:
si siembras tales ideas
es justo que las practíques;
á no ser que convencido
de que eres un visionario
hagas todo lo contrario
que en la vida has defendido.
CONDE. Yo no...
ANA. Lo debo creer;
pues si es necio sentir celos,
y es tonto pasar desvelos
que no vale la mujer,
¿por qué mi cambio te asombra?
¿por qué pierdes el reposo?
¿por qué te encuentras celoso
hasta de tu misma sombra?
CONDE. ¿Y mi decoro? ¿Y mi honor?
¡Es poco grave el asunto!
ANA. Pues yo en cambio te pregunto:
¿Y mi amor propio? ¿Y mi amor?
CONDE. No es momento de emprender
el tema tan discutido,
si falta más el marido
ó falta más la mujer.
ANA. Es idea original
del mismísimo demonio,
que el lazo del matrimonio
no sujete por igual.
Puesto que si lo ata Dios,
aunque el mundo lo corrompa,
como ese lazo se rompa
se rompe para los dos.
CONDE. Pero aquí existe un misterio. .
¡Tal cambio!... ¡Tal ceguedad!....
¿Hablas con formalidad?
ANA. ¿Yo? Completamente en serio.
CONDE. ¿Y presumes que por nada
del mundo puedo sufrir

esta burla sin pedir
cuentas?

ANA. ¡La burla es pesada!
Ese es mi único temor:
que te ofenda, que te irrite;
pero buscando el desquite
me ha dominado el amor.

CONDE. ¡Es posible! ¿Y amarás
á un cualquiera? ¡Qué cinismo!

ANA. Él vale lo que tú mismo
y más, muchísimo más.

CONDE. Por única vez te ruego
que si aún la falta no existe,
vuelvas á ser la que fuiste
renunciando á ese amor ciego.
Que nada te haga dudar,
que lo olvides, que me creas.

ANA. ¿Tú sabes lo que deseas!
Yo no lo puedo olvidar.

CONDE. ¿Quién es él? Lo he de inquirir...
Conque dí...

ANA. Deja que calle:
es el único detalle
que me asusta descubrir.

CONDE. ¿No será Florencio?

ANA. ¿Estás
soñando?

CONDE. ¡Y que así me ofusques!

ANA. Me da miedo que le busques.

CONDE. Le buscaré y algo más:
cuando le haya descubierto
le mataré.

ANA. No: no trates
de ofenderle; no le mates,
que puedes tú ser el muerto.

CONDE. ¡Y me amenazas así!...
Cierre el temor esos lábios,
pues son tales tus agravios
que no respondo de mí.
Habrá en esto inconsecuencia,
tendré nuevos pensamientos,
pero me causas tormentos

y peligra tu existencia.
Ya rebosa en mí la hiel
que amarga al hombre celoso.

ANA. Fuese bueno que mi esposo
me matara por infiel.

CONDE. ¿Qué castigo no merece
la mujer que se revela,
hace daño y no consuela,
ve sufrir y no padece?

ANA. Yo contenta moriría.

CONDE. Despues de verme en el potro.

ANA. Hoy me quereis tú y el otro
y ayer nadie me quería.
Me has mirado indiferente
de tí siempre enamorada,
mientras he sido callada,
tímida, dulce y prudente.
Y aunque hoy tengas exigencias
no vences á tu rival:
supuesto que hiciste el mal
atente á sus consecuencias.
Que mis actos no te encelen:
por mí no te pongas triste;
encuentras lo que quisiste:
palos con gusto no duelen.
(Durante estos últimos versos el Conde ha procurado inútilmente interrumpir á Ana, que mientras hablaba se ha ido retirando hácia su cuarto.)

ESCENA IX.

EL CONDE.

¿Y qué hago en esta ocasion?
Si yo falté á mis deberes...
Pero no, no, las mujeres
no tienen nunca razon...
¡Quién pensára que la mia!...
¡He sido tan majadero!...
Y la quiero, sí, la quiero
tanto que la mataría.
Pero señor, ¿quién es él?

Diera un dedo; no, la mano,
por conocer al villano
á quien adora la infiel.

ESCENA X.

EL CONDE y LOLA.

LOLA. En pago de aquel error
yo misma darle he querido,
otra carta que ha venido
por el correo interior.

CONDE. (Esta sí: se habrá enterado..
Sólo la idea me ofende.)

LOLA. Llegó á las seis.

CONDE. (Quien desciende
á sobornar á un criado.)

LOLA. (Me voy, no sea que ahora
detenerme se le antoje.)
(Se entra en el cuarto de Ana.)

ESCENA XI.

EL CONDE.

(Ha abierto la carta y lee la firma.)
«La máscara.» Pues me coge
de un humor esta señora!...
«Siendo tú condescendiente
este misterio termina:
te aguardará una berlina
en la plazuela de Oriente.
Si vas á las doce en punto
llegarás al lado mio;
siento temores y ansío
aclarar todo el asunto.»
Á las doce... Pues espera:
sólo un hombre sin razon
acude en mi situacion
á ver á una aventurera.
(Continúa leyendo.)
«Sé lo que ocurre en tu casa:

ven, Arsenio, sin tardar,
porque te quiero enterar
de todo lo que te pasa.»
¡Ya está enterada! Esto es grave:
la noticia habrá corrido...
¡Siempre, siempre es el marido
el último que lo sabe!
¡Y con qué intencion tan doble
me hiere en lo que amo más!
Si esas mujeres jamás
se paran en nada noble.
Quizás esta... Poco á poco:
saber quien me infama puedo.
¿Y si resulta otro enredo?
No sé qué hacer, estoy loco.

ESCENA XII.

EL CONDE y BLAS.

BLAS. ¿Va ustud á salir, señor?
CONDE. ¿Quiero respirar otro aire?
BLAS. Vuelva pronto.
CONDE. Acaso nunca
traspasaré estos umbrales.
BLAS. Es una barbaridad...
digo, es necio amontonarse
de ese modo, señor Conde.
CONDE. Déjeme usted que me marche;
que aun cuando yo tenga culpa
no consiento los ultrajes
de mi mujer.
BLAS. Pues entónces
yo recojo mi petate.
CONDE. Cuando esté todo resuelto:
ahora debe usted quedarse.
BLAS. ¿Y qué he de hacer aquí solo?
CONDE. Procurar que no se falte
al respeto de mi nombre.
¿Está usted? Representarme
y obrar segun le parezca
si llega á ocurrir un lance.

BLAS. Como usted me autorizára...
CONDE. ¿No le digo?...
BLAS. Entonces márchese.
(Sale de escena acompañando al Conde.)

ESCENA XIII.

ANA y LOLA.

ANA. Ya se han ido; anda á vestirte;
este es el paso más grave
de mi vida.
LOLA. Él lo ha querido.
ANA. ¿Vendrá Trini á importunarme?
LOLA. Está en casa de su enferma:
lo natural es que es tarde.
ANA. ¿Y los criados?...
LOLA. No hay peligro...
he conseguido alejarles.
ANA. Del señor Blas yo me encargo.
LOLA. Yo he cogido ya la llave.
ANA. ¿Y espera un coche de Alonso?
LOLA. En la esquina de la calle.
(Ana acompaña á Lola hasta la segunda puerta de la izquierda hablándole al oido.)

ESCENA XIV.

ANA y BLAS.

BLAS. (Siempre estamos de secretos.)
ANA. Si quisiera usted llegarse
á ver si la señorita
Trini volverá muy tarde...
Y ántes de esto se va usted
casa del Doctor Hernandez,
ya sabe usted dónde vive,
y compra un pomo de sales
para el dolor de cabeza,
que estoy atontada; y ántes
va usted al barrio de Argüelles,
casa de mi prima Cármen

y dice que iré por ella
mañana á las tres: que aguarde.

BLAS. ¿Tiene usted más que mandar?

ANA. No.

(Demuestra impaciencia y sale de escena por la misma puerta que se marchó Lola.)

ESCENA XV.

BLAS.

(Á Ana.) Está bien.
(Solo ya.) Sí: que me pase
la noche fuera de casa
cuando soy su vigilante.
¡Y era buena! ¡Era muy buena!
Pero segun las señales...
Cuando á uno le empujan fuerte
si no le sostienen, cae.
Son las mujeres honradas
lo mismo que los faisanes,
que al punto que los despluman
quedan como cualquier ave;
porque su hermosura toda
era efecto del plumaje.

ESCENA XVI.

BLAS y ANA.

ANA. (No, Lola no se descuida;
ya salió...)

BLAS. (Quitando la llave de la puerta del fondo y guardándosela.)
(Lo que es la puerta
se queda esta noche abierta.)

ANA. ¿No va usted á eso?

BLAS. (Sin moverse.) En seguida.
La amiga... el barrio... el doctor...
Son las doce de la noche...

ANA. Bien; pues toma usted un coche.

BLAS. Si es preciso...

ANA. Sí señor.
BLAS. (No debo salir.)
ANA. ¿Qué reza?
BLAS. Nada. (¿Y dónde estará Lola?)
ANA. ¿Eh?
BLAS. Que se queda usted sola
con su dolor de cabeza.
ANA. ¡Tanta consideracion!
Ya estoy bien.
BLAS. (Indica con la accion que el Conde está trastornado.)
Él no.
ANA. Responde
y no se mueve.
BLAS. Es que el Conde
se ha dejado aquí el baston.
(Lo coge y lo coloca cerca de la puerta.)
ANA. Pero aún en irse vacila,
señor Blas, soy ó no soy
dueño en mi casa.
BLAS. Ya voy;
puede usted estar tranquila.

ESCENA XVII.

ANA.

Yo no sé lo que me pasa;
un fracaso ahora me aterra.
Voy á cerrar... Pues no cierra.
(Da un portazo.)
Debo revolver la casa.
(Comienza á trasladar muebles de un lado á otro.)
Los pesares que me oprimen
son aquí una tontería:
con otro esposo sería
esto cometer un crímen.
Metida ya á hacer diabluras,
por si luégo Arsenio ve,
voy á apagar.
BLAS. (Entreabre con precaucion la puerta por donde se

marchó, asoma la cabeza, dice la frase y cierra de nuevo.)

Para qué,
se quedará casi á oscuras.

ANA. Me pareció haber oido...
Es el miedo que me altera.
Ocurra aquí lo que quiera,
el culpable es mi marido.
(Revolviendo muebles.)
Adelante: esos ya están.
Si es bueno, despues de todo,
se portará de tal modo
que desecharé mi plan.
Estoy fuera de mi centro;
pero en esta situacion
la mujer de más razon...
¿Y el dominó? Aquí lo encuentro.
(Se lo pone.)
Si me hallo como una loca.
¡Cuánto susto! ¡Cuánto afan!
Álguien se acerca. ¡Ahí están!
Toda precaucion es poca.
(Se coloca la careta.)

ESCENA XVIII.

ANA, LOLA disfrazada, y el CONDE con los ojos vendados. Entran en escena por la segunda puerta de la izquierda.

CONDE ¿Pero aún más?

ANA. Máscara, pasa.

CONDE. Segun eso hemos llegado?

ANA. Sí, Conde, usted ha tomado
posesion de esta su casa.

CONDE. No más mi título nombres
y háblame de tú.

ANA. Si quieres...

CONDE. (Llevándose la mano á la venda.)
(¡Qué cosas hacen los hombres
por causa de las mujeres!)
(Ana hace una seña á Lola para que se marche.)

LOLA. No se quite por favor

la venda.

ANA. No: sigue así.

CONDE. Me molesta, pero dí
ya mi palabra de honor.
(Lola se retira por la puerta que ha entrado.)

ANA. (Tengo un miedo soberano.)

CONDE. Siento una impaciencia...

ANA. ¿Sí?
¿No quieres sentarte? Aquí.

CONDE. Pero no sueltes mi mano
y saciaré el sin igual
amor que mi pecho abrasa.
(Le besa la mano.)

ANA. Me enfado si se propasa.
(Pues no le sabe muy mal.)

CONDE. En tu carta, deliciosa
como tuya, hay un renglon
que encierra una afirmacion
desfavorable á mi esposa.
Yo soy franco y te confieso
la impaciencia en que me abraso:
entérame tú del caso...

ANA. ¿Y vienes tan sólo á eso?

CONDE. No; no vayas á creer
que esto sólo me ha traido,
supuesto que he decidido
no hablar más con mi mujer.

ANA. Ana quizás, sin quizás,
se halla en este mismo instante
sentada junto á su amante.

CONDE. ¿Y qué dice el señor Blas?

ANA. Nada.

CONDE. Dispensa: me alejo;
yo mato á ese amante tonto.

ANA. Te lo enseñaré.

CONDE. ¿Sí?

ANA. Pronto.
(Con acercarle al espejo...)

CONDE. ¡Qué placer cogerles juntos!

ANA. No les verás.

CONDE. Sin embargo...

ANA. Ten calma, que yo me encargo

de arreglarte tus asuntos.
CONDE. ¿Quién eres? ¿Quién puedes ser?
Me dominas y me exaltas:
tras de conocer mis faltas
sabes las de mi mujer.
La venda me causa enojos.
¿Por qué has hecho que la traiga?
ANA. Muy pronto espero que caiga
la venda que hay en tus ojos;
pero aún me inquieta el temor...
CONDE. ¿De qué?
ANA. De que me halles fea,
y mi corazon desea
que me hables ántes de amor.
CONDE. Aún este martirio aplazas
ANA. Quiero ver si tu alma es mia.
(Con qué gusto escucharía
que me diera calabazas.)
CONDE. Quien por medios escogidos
me demostró su pasion,
dominando el corazon
subyugará mis sentidos.
El amor que en mi alma anida
arrullará tus amores;
iré sembrando de flores
el camino de tu vida.
Serás mi sola ventura,
la planta que en rocas crece,
el alba que resplandece
detrás de la noche oscura.
Sorprenderé tus antojos,
despertaré tu alegría,
tu risa será mi dia,
mi espejo serán tus ojos,
y volarán siempre fieles
nuestras dos almas dichosas
como van las mariposas
unidas por los verjeles.

ESCENA XIX.

DICHOS y BLAS, escuchando desde la puerta.

BLAS. (¡Digo! ¡Si me voy! ¡Tunante!)
CONDE. Te amo
BLAS. (¡Pillo!)
CONDE. Estoy rendido.
BLAS. (Con el baston del marido
voy á apalear al amante.)
(Dice y hace rápidamente.)
CONDE. Mi fe tu temor destruya.
(Al sentirse apaleado.)
¡Qué es esto! ¿Quién es! Atrás
(Se arranca la venda.)
BLAS. ¡Señor Conde!
CONDE. ¡Señor Blas!
¿Y esta mujer?
ANA. (Quitándose la careta.) Es la tuya.
CONDE. ¡Mi mujer! ¿Y no te apartas
de mí?
ANA. ¿Sientes que te quiera?
CONDE. De modo que la pulsera,
el baile, el canto, las cartas...
ANA. No te incomodes conmigo:
me inspiraste la locura
de correr una aventura
y la he corrido contigo.
CONDE. ¡Qué dirán cuando se enteren!...
El ridículo es completo.
ANA. Sólo están en el secreto
tres personas que te quieren.
CONDE. Me humillaste.
ANA. Aunque híce mal
tu perdon debo obtener,
porque puedes comprender
que eres tu único rival.
BLAS. Ahora mi duda me indigna.
CONDE. Usted tambien ha abusado...
BLAS. (Con entereza.)
Señor, yo soy un soldado
que ha cumplido su consigna.

ESCENA XX.

DICHOS, TRINIDAD, LOLA y FLORENCIO.

TRIN. ¿Y por qué no he de pasar?
¡Qué terca es y qué pesada!

ANA. (Quitándose el dominó y haciendo una advertencia á su marido.)
¡Trini! Que no está enterada.

LOLA. No se han querido esperar.

CONDE. No importa. (Á Lola.)
(Á Trini.) La he ofendido
por causa de mi mujer;
y, como tengo el deber
de confesarme vencido,
al dar á usted la noticia
proclamo mi ceguedad;
que aquí la sinceridad (Señala á Ana.)
se burló de la malicia. (Se señala á sí propio.)
La intriga ha sido tan bella
que afanoso de placeres
me fijé en varias mujeres.
¡En todas ménos en ella!
Con leccion tan oportuna
conquista mi amor constante,
y desde aquí en adelante
no me fijaré en ninguna.
Este rasgo me repropia:
me ofendió y estoy contento,
pues corrige un escarmiento
sentido en cabeza propia.

ANA. ¡Qué alegría!

TRIN. Sé el percance.

CONDE. Yo repetirlo rehuyo.

TRIN. Florencio en descargo suyo
me refirió todo el lance.

FLOR. Fué preciso: con sus pelos
y señales.

ANA. (Á Florencio.) Es propensa
á dudar.

TRIN. (Á Ana.) ¡Te hice una ofensa

con mis infundados celos!

ANA. (Á Trini.) ¿Qué tienes? ¿Qué ha producido
la tristeza que en tí advierto?

TRIN. ¡Ay Ana! Es que Concha ha muerto
sin el perdon del marido.

ANA. ¡Pobre! En ese matrimonio
el buen juicio estuvo excaso.

CONDE. Dió cada cual un mal paso
y se los llevó el demonio.

ANA. Nadie su memoria ofenda.

TRIN. Pero él empezó, fúé él.

FLOR. Con este ejemplo y aquel
Trini promete la enmienda.

TRIN (Á Ana.) Siempre que Florencio evite
producir rivalidades.

ANA. En punto á infidelidades
no hay que buscar el desquite.
Si alguua vez te contrista
de tu marido el olvido,
hazte amar de tu marido:
esa es LA MEJOR CONQUISTA.

FIN.

PUNTOS DE VENTA.

MADRID.

En la librería de los Sres. *Viuda é Hijos de Cuesta*, calle de Carretas, núm. 9.

PROVINCIAS.

En casa de los corresponsales de esta Galería.

Pueden tambien hacerse los pedidos de ejemplares directamente al EDITOR, acompañando su importe en sellos de franqueo ó libranzas, sin cuyo requisito no serán servidos.